

Etimologías II

Pablo Galindo Arlés

PRÓLOGO

Este nuevo tomo retoma la materia del anterior y continúa contando la misma historia - fabulosa o real - de algunas palabras entrañables de nuestra juvenil y casi recién estrenada lengua milenaria. Las voces más antiguas de nuestro idioma derivan la mayor parte de su caudal del latín vulgar y la vieja lengua de Roma se hunde en el mítico tronco lingüístico del indoeuropeo. A medida que nos hundimos con los vocablos en busca del origen primero la ciencia ya no hace pie... ¿Volvemos a la orilla o seguimos mar adentro? Bastantes de las soluciones aquí propuestas no se salvarán indemnes de la quema ni resistirán sin arrugarse las andanadas de la crítica especializada. Otras están colocadas, como el Dios de los teólogos, más allá de cualquier proyectil o proyecto de la razón humana. Como la mosca rebotando en el cristal no logramos hallar la salida hasta que una mano ectoplásmica nos abra la hoja del libro sellado o, quién sabe si de una forma misericordiosa, tome un periódico plegado y ...

Pero ahora no buscamos el fin ni el final escatológico de la historia sino esclarecer el origen de las palabras que narran esa larga crónica de la que aspiramos a rescatar algunos dispersos *náufragos* de esas frágiles *naves* rotas o *fracturadas* en la tempestad. A veces el mar devuelve con la marea el cadáver de los marinos y otras muchas se los traga el vómito de las olas altas y espumosas que marean a los pasajeros poco acostumbrados a las navegaciones. Pero el hundimiento de las embarcaciones convertidas en *astillas* no es óbice para embarcarnos como Ulises en la Odisea de nuevas aventuras peligrosas ni para que los *astilleros* dejen de construir fragatas colgando banderas de las *astas* del palo mayor. Al toro o novillo de Júpiter se le coge por sus *astas* camino de Creta con la rama de una metáfora...

“*Poesía*” significa “*creación*” y “*metáfora*” quiere decir en griego “*llevar – fora - más allá*”, a las *afueras* en las que todos somos *forasteros* perdidos en la plaza redonda, ágora o agujero de un polémico foro”. Toda metáfora es metafísica pura, lucha o agonía por traspasar lo dado al arrojar los dados o átomos de la materia. Y las “*ánforas*” (llevar a dos – *anfi, ambi* - con la doble asa”) nos indican que la evolución fonética debe ir junta de la mano con la traslación semántica. Una leve modificación en la

raíz primitiva provoca todo un movimiento o ligero temblor en las ideas que se propaga a lo largo y ancho del extenso vocabulario de la lengua. De “*locus*” (lugar) sale “*longus*” (un *locus*, o lugar más lejos, “luego” o de longeva *longitud*). Y de la raíz modificada de “*limo*” o barro sale el verbo “*linere*” o “embadurnar” con el barro, untar con aceite de *linaza* o aplicar un *linimento*.

La geometría no engaña: si las líneas son siempre paralelas nunca jamás se cortan en el espacio plano. *Ergo...* las palabras de una misma familia deben converger por fuerza en alguna raíz común que se bifurca en caminos separados. El filólogo debe buscar encajar las líneas quebradas de los trozos o pedazos del rompecabezas genealógico que une las semillas o raíces de todas las familias en una pareja: el silencio cómplice de Adán y la voz femenina y seductora de nuestra madre Eva antes de morder la manzana. Claro está que siempre podemos caer en el tremendo error de recortar antes la realidad por unos puntos preconcebidos y amoldar a golpes de martillo los nombres a una hipótesis teórica...

Derecho laboral

Las mujeres astutas sueltan o tiran con la *bemba* de sus **labios** carnosos una “*conchita de mango*” o una piel de de plátano como trampa verbal para que la presa desprevenida *resbale* y caiga atrapada como una mosca en la red o telaraña haciendo una confesión involuntaria. El verbo “**labo**” significa en latín “*deslizar* o *vacilar*”. El “**lábaro**” o estandarte militar “tiembla” vacilante al viento como los labios *temblorosos* de los tímidos que balbucean ante una mujer. Y cuando un gracioso *pendón* o *pendona* nos “**vacila**” nunca sabemos bien hacia dónde inclinarlos para recoger la esquiva intención pendular de sus **lábiles** y hábiles palabras. De ahí que ciertas voces “**labiales**”, remojadas con la húmeda saliva como para así ablandarlas con un beso robado al *bombón* entre las bambalinas, tengan esa cualidad escurridiza de hacer caer en lubricantes **lapsus linguae** con su **bamboleo** y cantoneo “*pro-vocativo*” adelantando hacia delante los belfos como la yegua o potranca que reclama una respuesta rápida a sus cabriolas indómitas.

Y ahora vamos a caer (“*quizásss, quizásss, quizásss...*”) en la tentación surgida de los **labios** rojos y seductores de la cupletista de *cabaret* de la posguerra. ¿Tiene alguna relación la raíz del verbo “**labo**” (*deslizar* o *caer*) con la **labor** del *labriego* que **labora** penosamente inclinando sobre el terrón de la gleba su dorso como quien cae de bruces rendido por la fatiga? Ya sabemos que todo trabajo o jornada **laboral** (*tripalium*>*trabajo* o *tormento*) es la consecuencia funesta y lamentable de la caída en desgracia por aquel desliz o resbalón original que llevó a nuestros padres a morder la manzana... No caigamos en la herejía de santificar lo que, en buena ortodoxia, es solamente una maldición bíblica. Creemos que nos comemos el mundo y, al final, el mundo nos come engullendo nuestro cuerpo entre sus **labios**.

El jardín de las Delicias

La voz “**delicia**”, además de rimar con “**caricias**”, nos atrae con el movimiento o frotar de una mano suave y deslizante hacia el vocablo “**delicado**”. O sea: cosa fina, **delgada**, sutil, leve y acariciante como la misma brisa del mar que resbala sobre la piel sudada causando las **delicias** de los *bronceados* bañistas en la playa. Los filólogos derivan “**delicia**” de la palabra “**lazo**” (<*lax, lacis*), cuyo sentido principal es “*engaño*” o “*fraude*”. Y ciertamente todos los lambucios se dejan coger y arrastrar por el **lazo** voluptuoso de la gula y la cuerda floja o **relaxada** de la débil voluntad cayendo en la degustación de las exquisitas **Delicatessen**... Ahora bien, resulta un tanto sospechoso para el lingüista ese moralismo verbal que atribuye a toda **delicia** un carácter engañoso o fraudulento. ¿No podemos dar un *tirón* de orejas a tal interpretación ética y echar el **lazo** corredero a otro becerro atando con una **liza** una etimología nueva? La Biblia de los etimologistas latinos nos remite hacia el vocablo “**colliciae**” (*confluir*), emparentada con la raíz /**liqu-**/ de la que fluyen palabras como “**liquido**” o “**delicuescencia**”. En latín “**colliciae**” (<*cum, licuor*) es la reguera o canalillo de agua pluvial que cae como una cuerda o catarata líquida desde las tejas de la casa a la calle. Y ahora ya podemos entender la **deliciosa** asociación entre el agua, la ducha y el placer de darse un baño refrescante – cantando sin paraguas ni sombrero bajo la lluvia - durante una tormenta veraniega.

¿Hemos dejado todo atado y bien atado **enlazando** la voz “**delicia**” con la misma raíz de “**líquido**”? Nadie llamaría en rigor un **lazo** (<*lacis*) al cordón desatado del zapato o a una cuerda que no estuviera anudada, como la sogá de una horca, y sirviera para *captar* o *capturar* por la *cabeza* (<*caput*) a una presa *cazada* lanzando tal liana enredada al pescuezo. Al **lazo** (o *lacis*) le es esencial la vuelta o circunvolución como a la figura de un **lago** (<*lacus*) alimentado por la corriente lineal de un río que sirviese como una barrera natural para detener y atrapar la caza perseguida. Por supuesto, nadie está obligado a pisar los charcos sin botas ni a saltar con zancos para *enlazar* las voces **lacus** (lago) y **lacis** (lazo) sobre la frágil cuerdecilla de su común forma redondeada. Ni tampoco todas las **laceraciones** o desgarros en la piel de los cautivos son causadas por la corredera del **lazo** o la rozadura de una *correa* anudada.

A la orden

Las personas amantes del **orden** sufren urticaria cuando se altera la colocación habitual de las menudas piezas que conforman la estructura de su vida **ordinaria**. Un milagro divino – cosa **extraordinaria** – perturba el **orden** natural en la urdimbre o trama *ordenada* del universo mediante una *contra-orden* o moratoria del Alto Mando. Las **órdenes** se dan para ser cumplidas siempre sin chistar ninguna réplica. ¿Qué vida monástica es posible sin acatar la Regla dada por el fundador de una Orden a todos los miembros de una misma comunidad religiosa? Quienes respetan el **orden** jurídico y veneran las **ordenanzas** municipales de la Autoridad legítima defienden también la **ortografía** en la letra del texto y la **ortodoxia** en el espíritu de la Ley. La raíz latina /**ord-**/ es la misma que la del griego “**orthus**”. O sea: lo recto o correcto. Los **ordenadores** – máquinas de tomar o dejar como las *lentejuelas*- no admiten dudas ni órdenes ambiguas de los programadores. ¿Sí o No? Un diario monárquico y conservador como el **ABC** manifiesta claramente que la sociedad tiene su *abecedario* y que la primera letra *principal* o principesca es naturalmente su Alteza. En la transición democrática una editorial de cristianos contestatarios de izquierda se bautizó con el insolente nombre de **ZYX** para indicar que “*los últimos serán los primeros*”. Toda **ordenación** de los “*elementos*” (*ele-eme-ene*) de una cadena o un sistema alfabético es posible de ser reorganizado en otro sistema alternativo siguiendo un orden inverso.

Ahora bien, ¿cuál es la raíz de “**ortus**” y el *origen* de todo **orden** recto o cuadrículado impuesto al caos informal? La voz procede del verbo latino “**orior**”, cuyo sentido es “*surgir, alzarse, aparecer, dejarse ver*”. El sol radiante nace por la boca del “**oriente**” para *orientarnos* con su *lux* - el *logos* o razón *oral* – disipando las nieblas y fundiendo las confusiones de la noche en nuestra peregrinación sobre la tierra. El hombre consulta con la almohada, espera que la nueva luz ponga **orden** en la tiniebla del pensamiento o acaso venga con la alforja cargada de alguna premonición o sueño divino susceptible de ser interpretado por la razón humana. En castellano se llama “**orto**” el punto opuesto al ocaso, aquel por donde el astro solar – un Rey Sol que imparte justicia con rectitud suprema- aparece alzándose como la hostia sagrada sobre la línea del horizonte. ¿Y qué *fila, hilo* o hilera puede ser más recto o directo que la mirada del justo que fulmina con sus rayos al culpable de alterar el **orden** establecido del universo?

Boy-scouts

¿Quién podrá negar que el cautivo *implora* o ruega la clemencia del vencedor “*plorando*” lágrimas de sus ojos? Y los moralistas más severos o puritanos – “es para echarse a llorar” - “*deploran*” con amargura de acres censores profesionales el imperio del vicio y la extensión de los siete pecados capitales en las grandes capitales de la sociedad moderna. ¿Tiene la voz “*explorar*” (<ex, ploro) su origen en las *exploraciones* anatómicas a las que se somete al paciente durante una intervención quirúrgica sin más anestesia contra el agudo dolor que algunas hierbas alucinantes o la ingesta excesiva de alcohol? ¿No se conoce desde los tiempos más remotos las trepanaciones del cráneo? Ciertamente toda *exploración* arranca el llanto... aunque los filólogos más serios nos digan que la vocal grave de *explorare* no explica ni justifica tanto sollozo ni las lágrimas vertidas. Ahora bien, cuando los *exploradores* más arriesgados o imprudentes se internan en la profunda *garganta* de un río o se introducen en la *boca* del lobo de una oscura gruta cubierta de estalactitas perciben la filtración de una gota ideal que les dice al oído que toda *pluvia*, catarata o fuente de agua (*plú-plú*) es cantarina y es llorona. No olvidemos nunca llevar a mano en una “*excursión*” (salir fuera del *curso* trillado) la *cantimplora*, que *canta* y que *llora*.

Cuchillo de palo

Nada más conveniente para el gobierno de cualquier pueblo que en casa del **herrero** se coma en la mesa “*con cuchillo de palo*”. Cuando escasea el metal unos pocos hombres, oligarcas o aristócratas, lo atesoran en depósitos guardados bajo llave. Las armas, en el armario. He aquí una enseñanza propia de la vieja sabiduría del lejano Oriente que reserva solamente al cocinero la misión de trocear la comida desmenuzada antes entre bastidores. Desde los tiempos de Tubalcaín, que recibe en herencia el estigma del asesino de Abel, los *forjadores* de **herramientas** (<*hierro, forja, ferrum*) están puestos bajo sospecha. ¿No es razonable que quienes fabrican las armas para los poderosos no puedan usar esas mismas armas en abierta rebelión contra el Poder? Los campesinos provistos de *palos* únicamente pueden dar *palizas*, sacar algún chichón en la mollera de los altivos señores feudales. Morir traspasado por la espada o decapitado por el hacha del verdugo – de **hierro** al fin y al cabo – es una muerte digna que no carga con la infamia o agravio de la horca cuya sogá de esparto está al alcance de cualquier plebeyo espartero envidioso de la regencia. Los iguales se enfrentan en singular combate con idénticas armas. “*Quien a hierro mata, a hierro muere*”.

¿Tiene el vocablo “**hierro**” la misma raíz que “**herida**”? El verbo “**ferir**” (*sufrir < sub ferire*) conserva en la edad media el sentido de “*golpear, dar con algo*”. A las **fieras** o bestias **feroces** se las puede mal **ferir** con pedradas o incluso con un cuchillo de palo; pero desde la temprana revolución tecnológica de la *edad de hierro* – la misma que hizo con la azada más *feraces* o *fértiles* los campos - resulta mucho más eficaz y disuasorio contra sus colmillos afilados y sus mortales dentelladas usar como *referencia* otra clase de **herramientas** para llevar a mal traer con la punta de la lanza el león salvaje dentro de la jaula de hierro.

Hágase la luz

A nadie que tenga un poco de *luces* puede extrañarle mucho que santa *Lucía*, además de *previsora*, sea la abogada de la vista y la patrona de todos los oftalmólogos cristianos. Quizás resulte más sorprendente que *Luzbel* o *Lucifer*, el Príncipe de las Tinieblas, pertenezca igualmente a la misma *ilustre* familia nacida de la raíz genealógica de “*lux*”. ¿No decaen acaso las últimas estrellas resistentes del firmamento matutino o vienen a menos los más altos y encumbrados linajes despreciados por el favor del monarca? También los *brillantes* y adornos *lujosos* (<*luxus*) se *lucen* o relucen con ostentación delante del público para *deslumbrar* a los muchos *envidiosos* que no pueden *ver* tanta riqueza ostentada por un prójimo tan alejado de su propio bolsillo. El *lujo*, como la *lujuria* o una *luxación*, es un exceso que prende fuego a la casa y al espíritu de *relajamiento* muelle que vive en la casa. ¿Qué origen verbal se puede postular para la voz “*lux*”? El antecedente más cercano es la voz griega “*leuco*”, el color blanquecino del alba o *alborada* que nos trae la nueva *luz* del día. En latín el radical /*luc-*/ (o /*lusc-*/) alimenta con la yesca de diversos sufijos varias hogueras o focos como “*iluminado*”, “*luna*” (<**leuk-s-na*, propiamente la “*luminosa*”) o “*lustre*” (<**leuk-s-tro-m*).

No es posible ir más lejos con la antorcha de la ciencia del lenguaje, a menos que la *luz* de la fantasía nos encienda la imaginación de la mente calenturienta con la chispa de su ardiente fuego. Los fantasmas, como la luna blanca o las brujas nigromantes, son aves nocturnas. Solamente durante la noche cerrada, ausente el solo *luminoso*, el hombre descubre reflejado en el brillo de sus ojos la importancia del fuego. Una bombilla encendida en el día no alumbrada siendo absorbida su luz por la luz más poderosa que entra por la ventana. ¿Cómo obtuvo el hombre primitivo el primer fuego artificial sin la intervención del Júpiter que lanza sus rayos desde el cielo olímpico ni la ayuda del desdichado Prometeo? Pues frotando palos o haciendo saltar una chispa *luciente* de algún *pedernal* o piedra de fuego y conservando la llama así arrancada con el alimento de astillas o hierbas secas. O sea: con un golpe que arranca una “*lasca*” junto con la chispa, casi como ocurre con los viejos encendedores de mecha y piedra; o a través de la rozadura o *deslizar* frotando unas cañitas. Una vieja glosa latina atribuye a “*lix, lixa*” el sentido de “*cenizas*” del hogar o de “*agua caliente*” con el fuego, que quema tanto como la *lexia* (<*lixiva*) incluso

diluida con el agua.

Esas **lascas** o trocitos de piedra fina, alargada, cortante y delgada (como *astillas*, *espinas*, *esquirlas* o *esquejes*) eran usadas para rascar, pulir, frotar, “*abrillantar*”, **lisar** o “**lijar**” (en italiano **lisciare**). El vocablo “**luscus**” significa “*corto de vista*” o “*nictálope*”, alguien que ve mejor en la noche o tiene dificultad para ver con luz escasa (¿no es esa mirada corta la propia del hombre que camina a oscuras con una vela o candil y es visto por todos desde el fondo de la noche antes que él vea a nadie?). ¿Es posible arrimar el ascua de los radicales mencionados a la sardina con una forma genérica /l'sc-/? ¿Se explica el portugués *lixo* (basura) como las virutas o raspaduras de una superficie *lisada* o **lijada**? ¿Alumbra o nos deja en penumbra tal aproximación de esa vetustas raíces?

Por años no será ... Los filólogos nos dicen que la palabra “**lasca**” es prerromana y algunos la derivan de “**lesca**”, la hoja del carrizo plana y cortante. ¿No guardó oculto el heroico Prometeo el escamoteado fuego divino dentro de un tallo vegetal como las quevedescas “*médulas que han gloriosamente ardido*”? *Chisporrotea* el fuego de la hoguera – “¡*chist...!* - y volvemos a quedarnos de nuevo a oscuras en silencio dentro de la caverna. ¡**Luz**, más **luz**!

Cabritos y ceporros

¿Cabe en alguna *cabeza* (“non capisco italiano”) una idea radical más *capaz* de almacenar *conceptos* (<*concipere*, concebir) que la raíz de “*caput*”? Ese *capazo* tiene *capacidad* para dar *cabida* a todos los *cabecillas* de una revuelta, los *caudillos* de la revolución, los *capitanes* de las Armadas vencibles, los *cabos* de infantería, los *capítulos* y las *capitulaciones*, las *caperucitas* rojas, los frailes *capuchinos* menores, los “*capuchinos*” que se beben en la *capucha* de una tacita minúscula, las *capitales* de Estado, las letras *capitales* o mayúsculas, el *capitalismo* domesticado, los *cabellos* finos o *capilares*, los más finos *cables* y, para *acabar* ya una faena inconclusa por la rabadilla o las dos orejas, las incautas reses *capturadas*, *cautivas*, *captadas* o *cazadas* (<*captiare*) echando el lazo a la *cabeza* del *cabestro*. Y ahora vamos a atrevernos a *coger* el toro bravo por los cuernos indagando el origen de la raíz /*cap-*/ de *caput*.

La voz más cercana que nos viene saltando como un venado a la testa es el verbo “*coger*”, “*prender*” o “*agarrar*” (en latín “*capio*”, “*cepi*”, “*captum*”). Podemos preguntarnos la razón por la cual, de tantos animales conocidos, únicamente los *cabestros* y, quizás, las *cabras* y *cabritos* (u otros parientes de mayor edad) asoman la misma raíz en la *cabecera* de su nombre. ¿Se trata de un *capricho*? ¿O acaso de la costumbre de contar las *reses* bovinas – cosas poseídas - por el número de las *cabezas*? Las “*cabras*”, cuando se *cabrean*, embisten con sus cuernos (o *astas* como mástiles) incluso alzándose sobre sus patas traseras para descargar el golpe de garrote sobre la testa de su adversario. Como es lógico, la defensa más natural ante la embestida de una “*capra*” cabreada es sujetar la cabeza (*capio*) cogiendo esas dos *cepas* o troncos que nacen de la testa coronada del animal cornudo. Todos los *ceporros*, como los *tarugos*, son unos *cabezones* con un tronco de alcornoque puesto de adorno sobre los hombros. En latín “*cippus*” (de donde “*cipote*”) es una estaca, el palo de una empalizada. Y de la materia o madera de las *cepas* de los árboles se hacen los *cepos* para apresar o *cazar* las presas y los *cepillos* para barrer las virutas de los carpinteros que cepillan los tablones.

¿Tienen una relación *aceptada* o *aceptable* – podemos asirlas o cogerlas por el asa o mango - las raíces de “*caput*”, “*capio*”, “*cepi*” y “*cippu*”? ¿Es el *cebo* con el que se *ceba* a un animal silvestre la savia o el

alimento que nos sirve de gancho atado a un **cippus** (como una caña de pescar) para **captar** o cazar a un cerdo salvaje y así domesticarlo atrapándolo por el estómago agradecido?

Está en el bote

Como las raíces **/bot-/** o **/but-/** escasean notablemente en la lengua latina debemos suponer quizás un origen extranjero para el vocablo "**botulus**" que designa la "salchicha" o la "morcilla". O sea: los "embutidos" de carne en general. El **botulismo** se contrae habitualmente al comer tales alimentos cárnicos cuando están infectados. Ahora bien, para **embutir** o **imbuir** dentro del pellejo o la piel del intestino nada mejor que un **embudo** o una manga pastelera que se vacía a presión. Aquel personaje de comedia cuyo apellido da origen a la palabra "**abotargado**" se "**embutía**" como la sobrasada dentro de un traje sobradamente ajustado. Y como los **embutidos** son un relleno introducido en un pellejo, piel o cuero nada más comprensible que llamar "**bota**" al odre (<utero) de vino o "**bota**" al calzado de cuero flexible con que el que nos ponemos las **botas** metiendo el **botín** sacado que no cabe en las **sacas** durante el **saqueo**. Y en esta acepción de recipiente la raíz **/bot-/** deriva en "**botella**", "**bote**", "**bodega**" o "**botijo**". Y como las pelotas (<piel) de cuero **rebotan** en la pared también es posible que esta explicación sea tirada o **botada** a la calle como se lanzan las **botas** furiosamente contra algún presidente norteamericano en una entrevista televisada. ¿Y no se **bota** una **botella** en la **botadura** de un **paquebote**?

Hambre y sed de justicia

Los hijos de mala madre tienen mala **fama** y peor reputación fuera del juicio de su **podrida familia**. Los hijos de puta no tienen ningún pudor. Quien busca hacerse **famoso** a cualquier precio desea ser conocido y reconocido como un rostro **familiar**. Pero la **fama**, buena o mala, tiene su servidumbre. Al **fámulo** o criado la necesidad de sobrevivir le empuja a buscarse una **familia** desde que es un crío. ¿Son parientes las raíces del hambre (<**fames**) y el origen de la **familia**? No podemos saberlo ni tampoco desconocer la verdad evangélica de que en una verdadera **familia** sagrada no puede la cabeza estar saciada y los demás miembros **famélicos**. Y al pan, **pan** y al vino, **vino** aunque sea aguado el uno y paniaguado el otro. Ahora, bebamos del cáliz.

Aunque sabemos el fin de las **jarras** o vasijas de vino (**sinum**) y de los **cubos** (**situla**) no sabemos el origen de la palabra “**sed**”. ¿Basta acaso con juntar y poner en relación “**satis**” con “**sitis**” para **saciar** la **sed** auténtica de verdad? Como en la célebre canción, no nos sentimos **satis**, **satisfechos** con el **cambur** caribeño y el calambur latino de tal explicación verbal. La raíz podemos acercarla a “**situs**”, una forma variante del verbo “**sino**”, situada apenas a una gota de “**sinuo**”; y nada más curvo o **sinuoso** que los **senos** (¡oh, mujer, cuerpo de guitarra!) que amamantan y calman la primera **sed** del lactante que **riega** con lágrimas el **regazo** o pliegue convexo de la falda o vientre materno. Quien no llora agua no mama leche. La concavidad de la **cuenca** o del **cuenco** es una condición necesaria para recoger el agua de la lluvia y que el líquido se **apoyente** – punto de inflexión - en el puesto, **situs** o **depósito**, no fluya o corra y se asiente en un **sitio** o **posición** fija, quieta, **depositada** o dejada (<**sino**) en la oquedad de un pozo o una cisterna que abastece a la ciudad o ciudadela durante un **sitio** o asedio. Agua que no has de beber, déjala correr. Históricamente la **sed** nos sitúa, nos rinde y hace estables o sedentarios ¿**Sed** de ser siempre – **sedere** - o solo **stare** de paso como los mosquitos en el verano?). Mientras haya “**agua, azucarillos y aguardiente**” queda al peregrino (<**per aeger**, cruzar el campo) la esperanza humana de que sobreviva en el cielo una zarzuela – música terrenal - cuyo Reino no es de este mundo...

La paz os dejo

Quien “hace las *paces*” (salvo que esté en conflicto interno consigo mismo) debe llegar a un acuerdo o *pacto* con la otra parte litigante para transformar la discordia en concordia entre los corazones divididos. La raíz del vocablo “*paz*” (<*pax, pacis*) nos da el verbo “*pactare*”. O sea, alcanzar la *paz* mediante el convenio o *pago* de un tributo. Toda *paz* justa y verdadera cuesta algún esfuerzo de *pacificación*, tiene un precio que nos compensa y recompensa. El primer conflicto histórico fue el que enfrentó al *pastor* Abel con el agricultor Caín. El pastor nómada *apacienta* el ganado trashumante y el campesino sedentario precisa los *pastos* para cultivar el trigo que nos da la “*pasta*” aunque no sea gansa. Ambos competidores se reparten el *pastel agropecuario* y amasan sus respectivas fortunas o *peculios* forrándose con el forraje de las vacas y la “*lana peculiar*” de las ovejas o *pécoras*. En latín “*pecunia*” significa “*dinero*” y procede del nombre del ganado (<*pecu*) dado que los animales constituían en el pasado la fuente esencial de la riqueza (¿no se llama en jerga *lana* o *pasta* a los billetes?).

Como es lógico, las *paces* firmadas por medio de los *pactos* sellaban el final o “*empa(c)te*” de los enfrentamientos entre los vecinos *pagos* o aldeas *paganas*. ¿Tiene la raíz /*pag-*/ de los payos y payeses alguna relación con la raíz /*pek-*/ del ganado? Y siendo las disputas nacidas del uso de los pastos comunes para el ganado una de las razones habituales de pelea entre villanos o pastores ¿podemos relacionar tales raíces con la misma raíz de “*pacis*” o “*pactus*”? Quizás nos haga falta para persuadirnos la *pancha* y la *pachorra* de un bonachón o *pazguato* gordinflón *pacífico* como el amigo Sancho Panza...

El pato Donald

A todos los amantes de *Disneylandia* les resulta evidente la semejanza entre las **patas** de los *palmípedos* – pies de palma – y las hojas de algunos árboles o los **pétalos** de ciertas flores cuya forma recuerda el dibujo estrellado de la hoja de la *petunia*. Las ocas o gansos tienen un andar **patoso** propio de **patanes** que hacen torpes gansadas o **patochadas** (en Venezuela se llama “pato” a los *maricos* o afeminados que *piafan* o se contonean de un lado a otro al andar como los caballos inquietos amarrados al palo con una soga o “*apea*”). Y quizás nos deje **patidifusos** o **despatarrados** saber que las **patrullas** reciben dicho nombre porque **patalean** con suma fatiga en el *barro* o fango buscando (¿*barruntando*?) las huellas de algún preso -o presa- sospechoso. Tal vez quienes se encaminan o dirigen hacia una parte con aire **petulante** lo hagan pisando firme y haciendo mucho ruido como los que dan **pataletas** en la tierra o paletazos en el agua. ¿Tienen quizás una relación verbal u oral consentida las “**patas**” del patito feo y los “**pétalos**” dentados?

Aunque los hombres nunca beben dos veces la misma agua del arroyo siempre se tropieza incluso tres o cuatro en una misma **pedra** o cálculo renal. Las *pedras* o *pedruscos* del camino **empedrado** (<*petrum*) enseñan con su canto y su cantar de arriero que nuestro destino eterno es “*rodar y rodar*” dando puntapiés o *patadas* a los guijarros menudos de los problemas y pisando las losas que conducen al camposanto. Quizás sea una idea *pedestre* o perdamos el **pie** (<*pedis*) saltando ágilmente de *pedra* en *pedra* para cruzar el vado del río aproximar las raíces /**pet-**/ de *pétreo*, /**ped-**/ de *podólogo* o “*pedúnculo*” y /**pat-**/ de *patear*. Los **peatones** si corren dan un resbalón o **patinazo**... ¡Al agua patos!

Gambas y gamberros

La palabra “**camarón**” o “**gamba**” deriva de la misma raíz griega que el vocablo “**cámara**” cuyo significado es “*bóveda o cuarto abovedado*”. Y ciertamente las **gambas** o “**gambones**” son crustáceos **combados** o curvos como las cúpulas de las mezquitas de Bizancio (“**Camii**”) o la *corva* de la pierna. En latín “**camba**” (fr. *jambe*, it. *gamba*, cat. *cama*) designa a las piernas arqueadas de las caballerías, más próximas al pernil o **jambón** (<*jamón*) de los cerdos o verracos que a las patas rectilíneas del avestruz, los *zancos* de las aves zancudas o las **jambas** de las puertas o ventanas sin arco gótico. Claro está que algunos hombres defectuosos son **garrosos** o **gambetos** con las dos piernas encorvadas igual que algunas ramas torcidas como *garrotes* o *ganchudas* como las *ganzúas*. En ajedrez el “**gámbito**” es una trampa o zancadilla que nos hace caer, doblarnos o dar una voltereta. Es probable que tal “**gamberrada**” aluda no tanto al *garrón* del puerco salvaje ni a las *verraqueras* de los malcriados con pata negra o de Jabugo sino a la jergal **gamba** o pierna deforme de algunos patanes o rufianes como piratas tuertos con pata de palo o de ciertos vaqueros del oeste americano que han perdido el caballo bajo las piernas de bóveda o bien se sientan en las sillas “*a caramanchón*” o, mejor dicho, a “**camaranchón**”. ¿No deriva “*panda*” o “*pandilla*”, como “*pantorrilla*” o “*pandereta*”, de “**pandus**” con un sentido similar? Y me quedo tan *pando* o *pancho* mirándome el ombligo.

En castellano se llama “**cama**” (< *célt. cambos*) a la parte *curva* de la rueda de madera o del arado y la “**camba**” o cuartos traseros de los caballos o animales de tracción ¿no tiene acaso una forma de curvatura bastante parecida al viejo arado clásico que se hunde en la tierra abriendo el surco o **camino**? ¿Y no se tiene al **camino** – “*se hace camino al andar*” – como una voz de origen también céltico relacionada con el galés **cam** o *paso*? Quizás el inglés “**come**” (*venir*) o su equivalente en alemán “**kommen**” pueden salir al paso en ese **camino** cuyas revueltas en la historia acercan raíces griegas y celtas con el mismo sentido de cosa curva, **combada** o con forma de bóveda... Sabemos poco de las primeras migraciones de unas raíces o semillas capaces de dar frutos lejanos.

Camarero, una de gambas...

El rasgo común entre los *camareros* y los *camarones* o *gambas* era su origen griego. La voz “*cámara*” designa la *bóveda* curva o habitación abovedada. El *camarero* sirve con su bandeja (como un *címbalo* o platillo cóncavo) en los *camarotes* del barco, en los *camerinos* del teatro y en las *cámaras*, *antecámaras* o *recámaras* internas del palacio real en donde intrigan en sumo *secreto* las *camarillas*, los *camarlengos* o chambelanes y los *secretarios* de la covachuela. Y las *chimeneas* (<*caminus*) coronan o dan *cúmulo* o cumbre a los altos hornos o las *cámaras* de gas. Todas esas voces tienen buena acogida bajo el *cimborrio* común de la raíz /*kam-*/ de la bóveda. ¿Y no tiene el “*camello*” dos jorobas o *cimas* para montarse *encima* similares a los cerros o montes hacia donde escapan los alzados o rebeldes *cimarrones*?

La voz “*cima*” es de raíz griega y tiene el sentido primitivo de “*hinchazón*” (así se emparenta con *kyo*, “*estar embarazada*” o con “*cilindro*”, de *kylio*, *rodar*). De ese sentido de semicírculo, bombo, o *abultamiento* se pasa a “*brote, vástago o tallo*” y “*ola u onda*”. Todos esos diversos sentidos convienen perfectamente a las *bóvedas* de las iglesias o mezquitas (*camii*) que brotan como un vástago de la *cimbra* u armazón de madera *cilíndrico* que ciñe como un cinturón de mimbre la *cumbre* abovedada que *acumula* todo el peso del empuje arquitectónico. El verbo “*cimbrar*” significa “*vibrar una vara larga flexible*”. ¿Y no es precisamente una curva o semicírculo lo que describe como un péndulo invertido tal acción de *cimbrar* un tallo? Ahora bien, los tallos de la mies alta *cimbread* y se acuestan o *encaman* tumbados en *camas* o yacijas de paja por el viento o la lluvia durante la tormenta. Y si la *camba* o *gamba rota* gracias a la *rotación* de la *rodilla*, también la *cimbara* (guadaña de poda) o la *cimitarra* tienen la curvatura de las hoces y las bóvedas o *cámaras*.

¿Tienen algún nexo o conexión idiomática ciertas voces árabes, griegas, germanas y latinas cuya semántica coincide de un modo inquietante? ¿Qué fondo común indoeuropeo tiene esa raíz /*kam-*/ o /*cim-*/ cuyo sentido es apuntar hacia algo con la forma de rizo o cabello erizado como un erizo? Podemos saltar a la *comba* indefinidamente – móvil perpetuo - dando vueltas al problema...

¡Fuego, fuego!

Probablemente es una feliz casualidad expresiva que la voz “**fuego**” arranque con el sonido de una labiodental fricativa que parece soplar con **fuerza** y un **esfuerzo** pulmonar (¡**ufffff!**) para avivar o apagar la llama viva de una **fogata**. En el lar u **hogar** se enciende el **fuego** doméstico y en el horno se cuecen las **hogazas** del pan horneado. A menudo los **fuegos** se encienden con una lupa o vidrio concentrando los rayos del sol en un **foco** o punto de convergencia. Y quienes se animan o **refocilan** (<*foculum*) no hace sino **recalentarse** junto al fuego. Claro está que los hombres **fogosos** o impetuosos se dejan llevar por el **fuego** de la pasión. En realidad la voz “**fogoso**” viene de “**fuga**”, pero tampoco es posible desconocer que se prende **fuego** a la madriguera o al campo para hacer **huir** al animal **fugitivo** escondido. Todas las palabras de un idioma se queman (*apunten*: “**fuego**” a discreción) con el paso del tiempo e incendian las voces cercanas a ellas con sentidos **fugaces** que permanecen guardados en la memoria de los diccionarios cuando se mueren y dejan de estar vivas en el habla de la gente que aprende las voces tiznadas con el humo o **fumo** en el **hogar** paterno.

Vamos ahora a examinar de cerca otro **foco** cuya luz – *fósforo, foto* – alumbra otra rama colateral de la flamígera familia ígnea. En latín el vocablo “**favilla**” designa las cenizas o pavesas y “**favea**” es un “*hoyo o una zanja*”. Se entiende bien que el **fuego** se encienda en un **abrigo** al resguardo o protección de la ventisca helada para abrigarnos con su calor. Y el verbo “**faveo**” tiene el sentido de “*calentar, animar*”. De ahí que el salto de la rana al sentido figurado (*ergo*, más reciente) de “**favor**” o “**favorecer**” sea una opinión templada que puede ser acogida con frialdad o bien calurosamente por la crítica menos encendida pero más entendida en dar luz, **candela** y leña al mono que estar en el **candelero** y, como cierta modelo “**mona**”, en los **candelabros** y en los calendarios ...

Un catedrático con mérito

Así como los “**collins**” de algún *soplagaitas* - hablando catalán “en privado” – parecen más pequeños o deshinchados en su *grosor* o grosería paseando a pelo por las *Ramblas* que cruzando *La Castellana*, también la *m...* parece oler de un modo mucho menos fétido o nauseabundo con una despedida “*a la francesa*” (**merde**) que en la pronunciación vernácula de nuestra castiza lengua. En latín la palabra “**merda**” se encuentra aislada en el papel del vocabulario, como el vacío o cordón sanitario que se cierne en torno de algunas personas poco higiénicas solamente frecuentadas por las moscas... ¿Es digna o *merecedora* de tal desprecio la raíz tan *bio-degradable* como desagradable de tal nombre? ¿Existe algún *tabú* verbal que hace de la voz “**merde**” - comerse un *marrón* - la *meretriz* de la lengua de Horacio? Tendría cierto **mérito** que un profesor **emérito** dijese lo que piensa del topónimo frustrado de *Mérida*. Quienes afirman que esta vida (o la que debe seguir a ella) “es una **mierda**” no hacen sino pronunciar un pensamiento “*escatológico*”. En la lengua griega **skatós** es el nombre de los “excrementos” y **éskhatos** tiene el significado de “último”. De año en año (<**annus**) y de *ano* en *ano* la humanidad atraviesa por el ciclo infantil de una fase anal. Todo culo - “*papá, pipí, caca*” – es redondo como un *anillo*. Ciertamente todo acaba por el extremo opuesto del que comienza. Cerremos la boca para que no entren moscas o nos llamen “**comemierda**” o quizás alguna cosa peor.

Venecia, mon amour

En el siglo XVIII, además del liberalismo incipiente de los filósofos, adquirió fama el *libertinaje* sexual de las “cortesanías” de Venecia. La ciudad **véneta** goza desde antiguo la protección de **Venus**, la diosa del amor carnal y también de las enfermedades **venéreas** contraídas por la peregrina afición a las “*conchas*” - **venera** - y a las *almejas* o *chirlas* de alguna lasciva *Conchita* saliendo del mar Egeo tal como Dios la trajo al mundo. El erotismo (con la **venia** o gracia de los jueces de la moral) es una actividad *venal* o mercantil como el tráfico de esclavas o el comercio de las especias. Pero hoy, extinta la mitología clásica y las cátedras de lengua griega en trance de morir, los devotos **veneran** o piden sus favores a otras diosas del ciberespacio distintas a la vieja Afrodita. El amor o deseo (Cupido se representa con arco y flechas) se ha considerado siempre una actividad cinegética como la caza del **venado** con un **venablo**. Las flechas de la cazadora Diana no suelen errar el blanco dando en la diana del corazón. Y si falla el dios del Amor las brujas expertas disponen de filtros, drogas o *venenos* que se filtran por las *venas*. Sin embargo, no solamente la libido o deseo sexual – remedio de la *concupiscencia* - inquieta con sus saetas punzantes al varón o las féminas. La voz *cupiditas* deriva en la palabra “**codicia**”. Y el **codicioso** – permítase aquí la licencia verbal – se salta todos los códigos morales para sobresalir un codo del competidor o rival en el hipódromo.

A las barricadas

La voz “**barro**” es una de esas palabras para las cuales los filólogos, hundidos en el *légamo* de los documentos o legajos históricos, no han hallado nunca el nombre del padre biológico o putativo. En estos casos se recurre al auxilio bastante socorrido de etiquetar la *palabreja* de marras como “*de origen prerromano*”. O sea, como decir que el niño es anterior al Diluvio universal que *embarra* todas las cosas y *borra* con la lana o borra del *borrego* el rastro *barriendo* luego con las palmas o una escoba de palmera todas las huellas impresas en el fango de la cueva ... Y, como el paraíso terrenal suele situarse en medio de los ríos de Mesopotamia, hacia allí nos vamos a patalear en el cenagal como unos arqueólogos provistos del pico ganchudo y de los altos zancos de las palmípedas zancudas. Sin embargo, *barruntamos* o tenemos el *barrunto* de que expresar en el pórtico el previo “*Manifiesto de la honesta Ignorancia*” no confirma en absoluto las sospechas infundadas ni nos saca tampoco los pies del **barro** hollado en los vados de nuestra pesquisa muy propia de aficionados a moldear la arcilla de los nombres.

En los *barrancos* o en las gargantas de los ríos suele acumularse el **barro** que hace *embarrancar* en los brazos, recodos o en alguna isleta o lecho esos caimanes *truncados* – canoas o piraguas de madera - que se llaman troncos. Las fuertes lluvias torrenciales, a *trancas* y *barrancas*, provocan las crecidas fluviales de las torrenceras que desgajan ramas y remueven el lodo formando juntos el amasijo de *barreras* naturales. La observación de la madre naturaleza enseñó a los hombres primitivos a construir sus nichos, camas nidos o *barracas* uniendo en amalgama las cañas frágiles y el **barro** quebradizo de las *quebradas*. Todavía hoy muchas casas rurales mantienen el adobe como una forma de levantar los *muros* o *murallas* que horada o agujerea el hocico del *mur* de Guadalajara o de Ponferrada. Las primeras ciudades de la *civilización* (toda la *materia* no es la rasa tabla o tableta de *madera* arrasada) nacieron del **barro** cocido en horno o bien dejado secar al sol para fabricar *ladrillos* con los cuales alzar los lados o *laterales* de un cuadrado o cuarto rectangular. Y como las tablillas de **barro** escritas con el inciso de cuñas cuneiformes se pueden *borrar* raspando, también las migas de las *barritas*, *barras* o

barrotes de la masa del pan se pueden *barrer* y dejar grabada una “*cruz cruzada*” en la corteza de las hogazas del pan horneado. O las tinajas de **barro** cocido pueden servir como modelo para las **barricas** o **barriles** cuyo abultamiento nos recuerda al vientre o **barriga** de algunos toneleros aficionados al vino o la cerveza. ¿Hace falta decir que los viejos *ladrillos*, o los más nuevos adoquines de piedra, y los toneles o **barriles** de pólvora se usan para levantar **barricadas** en las calles revueltas en los calurosos meses de julio tan propicios a las revoluciones burguesas que tumban los ídolos de *barro* de las monarquías divinas?

Y ya es la hora de concluir caminando o marchando a lomos de asno hacia el arrabal o los **barrios** de la periferia donde el alquitrán o el **barro** cocido del ladrillo se transforma en el polvo o lodazal de las calles sin empedrar. Antes de pisar una *vía* urbanizada existe un paso o senda *previa* cuya pista casi nunca se puede prever atisbando desde la lejanía de los siglos oscuros que borran casi todas las *huellas*. Pero nunca faltan los *deshollinadores* despistados dispuestos a tiznarse la cara.

“Venid, y vamos todos...”

“Que por mayo era por mayo” cuando hace la calor y todos los niños y las niñas del franquismo (la clase de religión era una de las tres “*marías*” escolares) íbamos llenos de devoción cantando en coro con ramos de flores a cubrir los pies de nuestra madre María. “*Venid*” viene del verbo “*venir*” y “*vamos*” lo hace del verbo “*ir*”. Una de las cosas que más sorprende al hablante de castellano es cuando oye que un catalán dice “*vengo*” (<*vinc*) cuando debe decir “*voy*”. ¿Es lo mismo la *ida* o la *venida*? En latín “*ire*” expresaba como el verbo “*andar*” una marcha indefinida hacia no se sabe bien dónde mientras que su opuesto “*venire*” significa un caminar hacia un cierto punto determinado. Evidentemente quien “*viene*” también “*está de vuelta*” y, por tanto, conoce ya el camino de regreso a la casa del Padre como las “*venas*” que devuelven o hacen *venir* la sangre salida antes del corazón ingrato o generoso. Se *viene* con la *venia* o permiso del ministro de Justicia que concede la gracia al *ninot* indultado salvado de la quema. En las *vías* abiertas, arterias o *avenidas* urbanas, los automóviles deben circular lógicamente en sentidos contrarios por carriles enfrentados para no molestarse unos con otros en sus idas o venidas.

Y desde la primavera de la fe pueril nos vamos *volando* empujados con el viento oportuno de la *voluntad* a la senil esperanza del otoño de la vida cristiana. En “*adviento*” se espera la *venturosa venida* del Señor. El Espíritu Santo sopla donde quiere y cualquier fe nos hace embarcarnos en la nave hacia un incierto “*porvenir*” que aún está por ver cómo *adviene*. Toda *aventura* marina trae la buena *ventura* del puerto seguro o la mala *ventura* del naufragio en alta mar. Según *bufe* el viento así será oportuna o inoportuna la bufanda.

Todos los lingüistas *convienen* o “*vienen juntos*” con los políticos en afirmar que muchas “*subvenciones*” (<*sub, venir*) se hacen o *vienen* con frecuencia – nada *subnormal* - por debajo de la mesa o la norma *bajo mano*. Depende del *convento* y del *convenio* de cada gremio. Los jacobinos de la *Convención* no veían ningún *inconveniente* en tener sus *intervenciones* radicales en el mismo *Convento* de *Sant-Jacques*. En cada elección municipal o estatal se escucha cantar en coro a los fieles de tal o cual bandería ideológica: “*Venid, y vamos todos...*”.

La vida es sueño

En otro lugar sugerimos la relación entre la raíz de “**dors**” (*duermo*) y el radical indoeuropeo /**tur-**/ de *torcer* o *inclinarse* al dar o “pegar” una cabezada antes de que se nos *peguen* las sábanas de la cama. ¿Podemos reforzar ahora esa idea con otra nueva hipótesis sobre el origen posible del vocablo “*sueño*” o “*somnus*”? Los franceses distinguen entre las visiones o imágenes vistas o revistas por nuestra mente tras cerrar los ojos (*rêve*) y la sensación física de *caer* en el sueño profundo (*sommeil*). En castellano no se hace ninguna distinción entre el *sueño* y la *ensoñación* durante el sueño. El verbo “**sumir**” (<*summere*) tenía en latín el sentido de “**tragar**” (> *consumir*, *consumición*). De ahí deriva luego en “*hundir*” o “*caer*” (el mar se “*traga*” o “*sub merge*” por el hueco del **sumidero** a los naufragos que ya no *asoman* o *emergen* la cabeza).

Por otro lado, la raíz léxica del griego “*nous*” (mente) se relaciona con “**numen**” (<*nuo*), un vocablo cuyo sentido es “*deidad*”, “*inspiración divina*” o “*movimiento de la cabeza para indicar la voluntad*”. El hombre actual conserva fosilizados gestos ancestrales cuando las voces que acompañaban a esa gesticulación ya han desaparecido tragadas por el paso tortuoso de los siglos que ruedan siguiendo los ciclos o estaciones de la naturaleza. En latín la partícula interrogativa “**num**” (*¿acaso...?*) designa también un cierto movimiento dubitativo de la cabeza que indica vacilación, titubeo o duda retórica. Todavía hoy un cabeceo hacia uno y otro lado de la balanza expresa que estamos entre un *sí* y un *no* sin inclinarnos por una decisión. El gesto de afirmar con la cabeza hacia delante corta perpendicularmente a la gesticulación opuesta que expresa la negación. La cruz zanja así toda posible ambigüedad. ¿Estamos aquí ante la interpretación supersticiosa del **numen** o la voluntad divina – los ángeles o mensajeros casi siempre nos cogen con el pijama puesto – según el durmiente sentado caiga en una u otra posición? No podemos afirmarlo o negarlo. Hoy sobrevive la vieja práctica de tirar dados, bastoncillos, lanzar la “efigie” de las monedas (cara, cruz, **numismática**) que continúan el bíblico uso de los “**urim**” o “**tummin**” como instrumentos adivinatorios – juicio de Dios - de la voluntad de Yahvé mediante una alternativa basada en la diversa forma de “caer” (*tumba*, *tomber*, *¿tummim?*). ¿Cae bien o mal?

Y tampoco tendremos “ahora” o “nunca” (<*num*, *nunc*, *nunquam*) la certeza de que “**somnus**” sea una voz compuesta antiquísima de las raíces

de “**summere**” (¿asimilación de una forma *sub-* como parece señalar la duplicación?) y el verbo “**nuo**”. Quizás, tal vez, quién sabe, el origen de la palabra “**sueño**” sea “*cabecear*”, “*dormir*” o “**sum-nuo**”, “*sumir la mente*” hundida en un estado propicio a la inspiración sagrada del mítico dios *Morfeo* – patrono de la morfólogos - que nos da durante la modorra la vidente *información* (evidentemente privilegiada) de las “*ideas*” divinas (<**eidōs**, *forma*, figura, aspecto).

Una “**pele**” de ciencia-ficción

Entre las acepciones del verbo “**figo**” está la de “*fijar*”, “*conservar*”, “*grabar en la memoria*”. El alfarero (voz árabe que sustituye a **figulus**) hace, *amasa* o *moldea* con barro (<**fingo**, **fictum**) y cuece luego en el horno o *fogón* del *figón* los vasos o ánforas donde se guardan el vino y aceite o los tiestos donde se conservan los rollos de los *testamentos* hechos ante dos *testigos* que “**fingen**” (o sea, “representan” la imagen o **efigie** del testador). Y en las tabletas de arcilla los escribas sumerios *consignaban* los signos incisos según un modelo guardando los datos administrativos del palacio tales como el **número** de las cabezas de ganado o el **nombre** de los reyes. En las monedas – objeto de estudio de la **numismática** – se **finge** o representa la **efigie** de los deidades del cielo (**numen**) o de los emperadores, sus imágenes **ficticias** encarnadas en la tierra. Pero no vamos aquí a **enumerar** con **números** o a contar la lista de todos los **nombres** (<*nomine*) de los reyes godos o romanos que en la historia han sido.

El Viejo Testamento

El Nuevo Testamento está *latente* en el Viejo, y el Viejo Testamento está *patente* en la Nueva Alianza. Cuando el patriarca Abraham envía a un criado suyo de confianza en labores celestinescas para buscar entre su parentela lejana una esposa para su hijo Isaac, le dice: “*Pon tu mano bajo mi muslo*”. Un traductor o divulgador algo más vulgar, inexperto, traidor o malévolo que el santo Jerónimo hubiese trasladado el eufemismo con estas palabras: “*Tócame los cojones*”. Los dos **testículos** – geminados como algunos vasos antiguos del neolítico- transmiten como su herencia o adherencia material el **testigo** entre las sucesivas generaciones legítimas o legales. ¿Cuál es la raíz léxica de esas bolsas **testiculares** y de ese **testigo** o palo *tieso* semejante al falo, al cuello de una botella o a un rollo plegado que asomase de una tinaja? Al romper un **tiesto** (no hace falta que sea contra una **testa** o cráneo) se quiebra el barro (polvo somos) con los huesos de parietales u occipitales cóncavos parecidos a las vulvas de las ostras (“*ostraka*”, de donde “*ostracismo*” al escribir sobre las *tejas* o *tejuelos* el nombre del penado con el destierro) o similares a conchas o caparazones de tortuga (<**testudo**). En latín el verbo “**tero**” tiene entre otros el sentido de “*pulir*” o “*tornear*”, “**teres**” significa “*redondo*”. ¿No hace acaso esa labor el alfarero con la **tierra** húmeda en el torno que modela la jarra? Y la **tierra** (<*terra*) secada o cocida ¿no tiene la dureza **tersa**, **tierca**, **tiesa** o rígida que en el terreno moral manifiesta un hombre **terco**? ¿Tienen esas raíces alguna relación con el radical “**test-**” del **tiesto**. Quizás necesitamos un **test** o prueba complementaria y algunos **testigos** de cargo.

Guardar las formas

Si no guardamos las **formas** nos *transformamos* en unos monstruos **deformes** con joroba o en unos seres *amorfos* igual que las sábanas del portero o conserje fantasma enfundado en un guardapolvo y durmiendo sobre los viejos muebles del castillo deshabitado y abierto de nuevo a la morbosa curiosidad de los turistas **informados** de su leyenda. Platón, un filósofo con vocación de “*geómetra*” (o sea, *agrimensor* que mide el terreno) y los “*pitagorines*” (unos matemáticos con vocación de extravagantes músicos de banda filarmónica) asociaron con el nudo gordo de una soga las “*ideas*” (*formas*) con el espacio y todos los innumerables números. El “*uno*” es el **punto**, resultado de una **punción** con una **punta** aguda. Sin embargo, el ganchillo o la *aguja* más *aguda* o *angulosa* no logra hacer nunca un auténtico **punto** sino solamente un *agujero* o sobrefaz **redonda** o **rotunda**, como la *rueda* que **rota** con la *rotación* de la **rodilla**. ¿No contempla acaso Parménides el Uno como una perfecta bola de billar **esférica**? En la esfera o **círculo** del reloj el primer “segundo” *sigue* al segundo y nunca es tan **puntual** que se **acerque** al principio de la historia. El origen del tiempo está encerrado en la **cerca** de un **círculo** que *rodeamos* dando vueltas alrededor sin lograr jamás ver el león o el minotauro en el interior de la jaula del **circo**.

La **línea** recta – tirada con la cuerda de **lino** manchada de azulete – nos enseña la **rectitud** como la vara **rígida** o bastón de mando del **rey** que imparte la justicia. Las líneas **quebradas** nos hacen aprender que las **quiebras** o reparto entre acreedores está al acecho tras cualquier *esquina* (un ángulo recto) y nos puede hacer descender en la *escala* o *escalafón*. Y no vamos a dar más vueltas o *volutas* a los **volúmenes** para no revolver más la cuestión circunscribiéndonos a lo mencionado. Es hora de poner la piedra redonda del **punto** final tras la rueda del carro para no dar marcha atrás rodando por la pendiente inclinada.

Jaque mate

Todos los caminos de las lenguas romances nos llevan al Indo oriental pasando antes por el Tíber de la ciudad de Roma y sus aledaños bárbaros occidentales. El ajedrez, como los números que usamos, nacen en la India y son los árabes los que divulgan el juego entre los cristianos de la Europa medieval. Como sabemos, se trata de un entretenimiento bélico que consiste en matar de “*mentirijillas*” al rey, *sha*, *césar*, *zar* o *jeque*, el *egregio* pastor de la tribu o *grey* de las ovejas blancas o negras. Los catalanes lo llaman “*escacs*” y los *cuadros* o mandos que se “*escaquean*” huyendo del *cuadrado* del organigrama y dejando el puesto vacante nos sacan de nuestras *casillas* (*cajita* o casa minúscula como de cerillas). Cada casilla tiene sus cuatro puntas o *esquinas* correspondientes y el triángulo - *escaleno*, rectángulo o *isósceles* - tiene tres alfileres, buriles o cuchillos tan cortantes oblicuamente – en *diagonal* - como el alfil de hueso de los *escalpelos*, las *esquirlas* de una tibia astillada o la *esquila* o badajo óseo del cencerro.

La palabra “*esquina*” se tiene como de origen germánico y designa una “*barrita de madera o hueso*”. No es extraño que esas tibias o astillas, como palillos o palitroques, puedan servir para hacer el *esquema* o la forma “*iso-sceles*” del estribo de una silla de montar o bien la “*escala*” de trepar verticalmente por la pared como Romeo. Quien presta atención a un *espinazo* o ve en radiografía la flexible *columna* vertebral de un *esqueleto* (en catalán “*esquena*” es la espalda) puede reconocer la semejanza visual entre los palos o huesos de una *escala* de trepar y la sucesión de las vértebras o discos lumbares. Y de las *escalas* “verticales” (*vert-* >*vértebra*) se pasa a las *escaleras*, *escalinatas* o *escalafones*, con sus *escaños* o tarimas y sus peldaños *esquinados*...

A freír espárragos

El humo señala con el dedo acusador el *hogar* (<**focus**) del que procede. Todo **fumador** impenitente se enciende o acalora y echa *humo* cuando le quitan la pipa o el tabaco que **fumiga** la sala, cocina o lar como un **fogón** o la chimenea obturada de un **figón** rural. La palabra “**fuego**” arranca con un sonido **fricativo** y en latín el verbo “**frico**” significa “*frotar*” o “*restregar*”. El masajista da **friegas** o **fricciones** los músculos de las piernas para calentarlos; el cepillo con **dentífrico** frota los dientes para dejarlos relucientes; la **fregona** restrega el suelo con el mocho hasta que brilla y se frota el fósforo o cerilla para encender el horno igual que los primitivos *frotaban* dos palos. Como es lógico la **fricción** de las manos heladas o los masajes corporales nos ayudan a quitarnos la sensación del **frío** o **frigidez**. ¿Es una casualidad la cercanía de las raíces de “**frío**” y de **freír**? En latín “**frigo**” no hace ninguna distinción entre “*asar*” en el horno o bien “**freir**” en una sartén. Más tarde “**freír**” será calentar con grasa o aceite hirviendo mientras que **asar** en el horno o *cámara* requiere una *asa* para *asir* la parrilla. Como saben las amas de casa y todos los *cocineros* masculinos que *cuecen*, el aceite salta y provoca *escozor* o quemaduras en la piel. Y en latín el verbo “**frigo**” (ésta vez con la vocal breve) significa “*saltar con ruido*”, “*gritar*”, “*llorar*”...

Aguantar el chaparrón

El veraneante **soporta** la tormenta veraniega bajo (lat. *sub*>*so*) los *pórticos*, *porches*, **portales** o **soportales**. Y el **porteador** *soporta* el peso de los **portes** *importados* que ingresan a través del **puerto** y la **puerta** de la aduana **portuaria**. Ahora bien, tan **insoportable** como el calor o los fardos pesados es el frío invernal. Cuando *bufa* fuerte el viento helado nos ponemos la *bufanda* y **aguantamos** o resistimos la *pugna* como púgiles con los **guantes** en los *puños*, ya sean las *manoplas* de algodón (**guata**) o bien **guanteletes** de hierro. La historia de las palabras – *flatus vocis* – nos permite navegar al capricho del viento **oportuno** que conduce a los diversos *puertos* o *portales* como cibernautas buscando peces o tesoros entre los hilos enredados de la red de redes. Aunque “**soportar**” derive de la raíz con que se hacen las **puertas** de roble y “**aguantar**” se teje con el **guante** de lana, ambas voces confluyen o *simpatizan* en ideas hasta llegar a ser *sinónimas*.

Y ahora vamos a aceptar el desafío de navegar con la red desde el *tejido* “reticular” (<*rete*) del **guantazo** al *tejado* o terraza de baldosas rectangulares (<*rectus*) con unos **porches** debajo del techo para *soportar* u *aguantar* los **chapuzones** o **chaparrones** de las algodonosas nubes – ovejas negras - preñadas de lluvia. Un navegador como **Firefox** asocia el “zorro” (**fox**) con la distante y distinta cola de “fuego” (**fire**). (¿No ató el hebreo Sansón una antorcha a los rabos de raposas para “quemar” (*burn*) los campos de los filisteos?). La raíz /**chap-**/ parece una onomatopeya que sugiere el ruido o **chapoteo** de las gotas de lluvia sobre las tablas o **chapas** del tejado (¿no recuerda acaso a los golpes de un martillo dados sobre una plancha, abollada como un escudo aporreado por el pedrisco, o “**chaparra**” como un hombre bajito y rechoncho?). Y lógicamente para no **choparnos** con los **chaparrones** nos protegemos la cabeza (<**cap-**) y el cabello con un sombrero, “**capelo**” o **chapelo** (fr. *chapeau*) o nos ponemos una **chupa** mientras esperamos que amaine la tormenta **chupando** un caramelo o **chupachups**.

Empate o Tablas

Si los combatientes *entablan* una lucha feroz a muerte y los heridos son *entablillados*, los toros bravos mueren pegados a las **tablas** y los toreros se protegen detrás de la barrera ¿no es razonable que se diga “**tablas**” para designar un acuerdo o *pacto* – un *empa(c)te* sobre el **tablero** – como si los jugadores se quedasen a medio camino en un puente de madera entre las dos orillas rivales? En el asedio a una ciudadela se *escala* la torre con cuerdas de nudos gruesos como *escapularios* colgando del omoplato o *escápula* o bien con *escaleras* plegables (en griego “isósceles” significa igual de lados o “piernas”, *skelos*). ¿Y no son las piernas (II) como barritas de hueso o madera (germ. **skina*, noruego *ski* o *esquí*, tronco de leña) que hacen pie en las barras? En latín el verbo “*scando*” significa “*subir*” o “*trepar*” y *escandir* viene a significar “*medir* o *contar los pies de los versos*”. Y, puesto ya el pie en el estribo, repitamos el estribillo diciendo que “*scandula*” es una “*tablilla para techar*”. Se comprende que al tropezar o enredarse el pie en una *escala* se produzca lamentablemente una caída desde el tejado alto con un grito *escandaloso* que provoca un enorme ruido en el vecindario. Así cuando una presa cae desprevenida dentro de una trampa tropezando en una cuerda o pisando una trampilla suena una campanilla *escandalosa* que da aviso al cazador de que la pieza ha caído. Ningún tropezón moral provoca *escándalo* si no hay un altavoz de los Catones que censuran la novedosa relajación de las costumbres de nuestros antepasados...

El vocablo latino “*scelus*” tiene el sentido de “*desgracia*”, “*infortunio*” o “*calamidad*”. ¿Qué mayor desdicha que la del albañil o el joven amante nocturno que tropieza y se cae de una *escalera*? Ahora bien, la *escala* ha podido ser cortada y, en ese caso, estamos ya ante una maldad, un crimen infame digno de un *scelerosus* o criminal. Ciertamente las líneas escuetas o secas de una nota breve o *esquela* y las costillas lineales del *esquema*, *esqueleto* o momia vendada o empapelada no tienen según los filólogos ninguna relación, pero... *se non è vero* debería serlo.

Echar las redes

Quien cose o remienda una **red** (<retis) de pescador sobre las losas de un pavimento o mosaico advierte con su **retina** la semejanza entre la **reticula** y la *malla*, mallazo o *enrejado* de rijas o rajadas de las baldosas cuadradas o *rectangulares*. ¿Tiene algún vínculo o enlace con lazo verbal las raíces de **rete** y **recte**? No es nada extraño un cruce entre “**restis**” (*cordel*) y “**retis**” (*red*) teniendo en cuenta que “*retina*” da “*rienda*”. Y tampoco se puede descartar o rechazar de plano una influencia exclusivamente semántica de “**retener**” (<*re, tinea*) o *mantener* sujeto con la soga o cuerda. En las carreras de sacos de patatas (tejidos con una **redcilla** o malla) es habitual tropezar o caerse. El verbo “*repo, repsi, reptum*” significa “*arrastrarse por el suelo*” o “*caminar o navegar lentamente*” como quien arrastra un lastre o se inclina con un fardo o una saca en las espaldas. Cuando el gladiador (o **retiarius**) arrojaba la **red** sobre el cuerpo de su enemigo en la arena éste caía **enredado** en tierra gateando como cualquier animal cazado e impedido en su movimiento igual que los bancos de peces que arrastra pesadamente un barco de arrastre. No solamente “**reptan**” los “**reptiles**”.

Pero con estas hipótesis no pretendemos *someter* ni **retar** (<*reptare*) a nadie ni acusar o enjuiciar (<*reputare*) a ningún colega en litigio tirando un guante en desafío aseverando que el verbo “**restar**” (*detener, resistir*) no viene de *stare* (estar firme) sino de “**restis**” o cuerda con la que se ata al reo “**arrestado**”, se arrastra al “**resto**” que queda *restante* de los vencidos de la nación judía hacia Babilonia o se “**contrarresta**” las fuerzas del rival tirando en sentido contrario de la cuerda.

Un reproche mutuo

El **cetro** (<*sceptrum*) o vara real se talla con la madera de **cedro** del Líbano o con los **cipreses** chipriotas de *Chipre*. La raíz de “**cippus**” nos daba los **cepos**, las **cepas** y los **cipotes**. Y de los palos de los árboles se construyen las mesas y las mesanas o mástiles de las naves o galeras y las *palas*, *remos* o *ramas* de los remeros de las trirremes. ¿Podemos servirnos de la misma raíz de los *cedros* o **cipreses** para entender el origen de la palabra “**recíproco**”? Esta voz significa “*que vuelve atrás, refluye o repercute*”. ¿Y no es precisamente ese movimiento de ida y vuelta, rítmico y alternante – hacia delante uno y hacia atrás otro, “**recíproco**” – el que ejecuta bajo la amenaza del látigo el galeote o remero golpeando o percutiendo el agua que fluye y refluye con las palas? ¿Tiene su origen la palabra “**recíproco**” – vagos o perezosos abstenerse- en “*dar palos o paladas al agua*” alternativamente como hacen los piragüistas o remeros? Claro está que el cuerpo de infantería – o la cabra de la Legión – podría *reprochar* en *reciprocidad* la teoría anterior con el argumento de que los **aríetes**, como los carneros (*aries*), golpean también con el cuerno o tronco de madera las puertas de un modo “**recíproco**”, alternando un movimiento hacia delante y otro de reculada para tomar un nuevo impulso.

El Príncipe azul

Las venas azuladas de los nobles con sangre “azul” revelan la **palidez** o blancura del **palillo** alargado y del rostro lechoso que no está curtido por trabajar de sol a sol como los campesinos arrugados. Sin embargo, como dice el salmista, también es posible ser “*morena, pero hermosa*”. Los tiempos corren o vuelan veloces a toda vela y hoy en la actualidad el color **moreno** de los *moros* de *Mauritania* descubre al ejecutivo o magnate que puede broncearse o dorarse como el bronce en una magnífica playa caribeña durante la estación invernal o bien tomar el sol de la montaña aún con nieve en el verano. Pero en un **principio** – *prima vera* - no fue así. El **primate** más poderoso – grosero o grueso Rey de **bastos** - lucía en la mano diestra de la *derechona* braza la tranca o garrote más fuerte como **bastón** de mando para aplicar el *derecho* sobre la testa o cabeza siniestra o retorcida de los *vástagos* súbditos propensos a la izquierda republicana (¿no alude quizás la voz “**bastardo**” a una *rama* basta e ilegítima o injertada del tronco genealógico?). Y lógicamente un **príncipe** o monarca – *primus inter pares* – se hace fuerte dentro de un **bastión** o una fortaleza **abastecido** en un mercado de **abastos** con **bastantes** reservas de vino, agua bendita y de provisiones materiales.

El verbo “**bastar**” deriva en latín de una palabra griega cuyo sentido es “*llevar o sostener*”. Y es evidente que las ramas del *cetru* sostienen el columpio o balancín de la justicia, las **muletas** refuerzan las piernas entablilladas del rey cojitranco, nos apoyamos en **muletillas** del lenguaje y los “**maletillas**” llevan por única *maleta* o bagaje una rama con el hato colgando de sus escasas ropas. El **bastidor** o “*armazón para pintar o coser*” está hecho también de madera. Otra raíz cercana a /**bast-**/ también apunta al carácter leñoso de “**bastar**”, como se ve en “**batir**” o golpear, “**batán**” o la “**batalla**” campal de los molinos quijotescos. Pero tal vez recibamos en la *coronilla* un **batacazo** del rey de **bastos** y sea más el ruido o **batahola** de la barandilla del buque que las nueces cascadas con los cascos del mulo o la cabeza de la muleta si nos atrevemos a sugerir que el *princeps* fue en un **principio** (<*primus, cepo?*) la primera **cepa** o cabeza (*caput, capio, cepi*) y el pie del tronco que sostiene el árbol. Pero no nos **apremiamos** o nos damos **prisa** bajo una **presión** creyendo ser los

primeros en decirlo como ***primicia*** para obtener un ***premio*** o los ***segundos*** que *siguen* haciendo el ***primo*** en una cofradía o fraternidad... No secundamos las competiciones que no se dirigen a la única meta digna e inalcanzable que es la verdad última.

El perro de san Roque

Quien gime o se *lamenta*, además de chuparse los mocos del niño *mocoso* y enjugarse las femeninas lágrimas vertidas (“los hombres – se dice- no lloran”... nunca en público) se *lame* con *lingotazos* de la lengua que funde la baba sobre las llagas, las manchas o *lamparones* brillantes y las heridas purulentas igual que el perro del apestado santo Roque – un *lambucio* del dolor – cuya saliva canina parece tener alguna secreta virtud sanadora desaprovechada de una manera *lamentable* por las empresas farmacéuticas que se *relamen* con la aparición de cualquier nuevo virus en el mercado de las enfermedades.

En latín “*lama*” significa “*charca*” o “*lodazal*” y deriva luego en el sentido de la “*capa*” o “*plancha*” de cieno que se forma en el fondo de una *laguna* o bien como poso en una botellita o frasco (lat. *lagona*, *laguncula*). Y de la voz “*lagena*” viene el romance “*laja*”, una piedra lisa o losa plana que bien puede servir para pisar sobre el fango de la ciénaga como las tablas, planchas o *lamas* de madera. Ahora bien, las *láminas* de pizarra plana semejan a la *lama* de la espada u “*hoja metálica*”, sentido que tiene en céltico y que coincide con el latín “*lamina*”. ¿Cómo evoluciona o cambia de designar una *charca* o *capa* horizontal de fango a nombrar la “espada” o una *hoja* de metal? Los herreros usan sopletes o *lenguas* de fuego que *lamen* o *flambean* (¿cruce de *flamma* con *lambo*?) y vierten el hierro fundido en moldes de *lajas* o piedras planas. Así se forjan las hachas o se hacen lingotes, cuchillos y espadas que se templan en el agua a la que se añade una capa o *lámina* de aceite flotante (¿no *lima* con una piedra el afilador las *lamas* de hojas de acero?). Y se disculpe que no venga como ilustración en este *batiburrillo* del *limo* rebatido ninguna *lámina* de esas que aparecen como fondo revelado dentro del charco o agua estancada como el *barrillo* en el *barreño* de algún estudio de fotografía anterior a la era digital.

Estar en el limbo

Aunque los nuevos teólogos modernos hayan “*eliminado*” o sacado (<ex, limes) de la *linde* o *límite* de sus altas e *ilimitadas* especulaciones ultramundanas la linda palabra “*limbo*”, no pueden borrarla ni barrerla con la plumilla o escoba censora de las hojas *dobles* y *dobladas* del diccionario ilustrado (¿acompañara la voz una *lámina* con la imagen de un querubín o angelito entre nubes de algodón?). El significado de “*limbo*” es la “*orla*” o “*extremidad*” del vestido. O sea, el *aura* o *aureola* que separa irradiando con su luz divina la desnuda naturaleza de un cuerpo del arte textil. De este sentido original (¡vaya lindeza!) se pasa al borde, dobladillo u orillo de la legalidad que rige el universo uniforme con la acepción vaga de un rincón extramuros fuera del cielo y del purgatorio o infierno.

La raíz léxica de “*limo*” (lodo o barro) parece salpicar al vocablo “*lama*”, charca o lodazal. La piedra tallada o alisada en una losa o laja es el límite de la urbe o ciudad. Más allá está el barro de los barrios del arrabal. O los cerros de Úbeda, esas *lomas* que se doblan o encorvan como si fuesen el *lomo* de un burro apaleado o de un aldeano *deslomado* que sufre de *lumbago* o hernia *lumbar*. ¿Tiene la raíz /*lumb-*/ algún vínculo con “*lambo*”? Al *lamer* el helado un glotón o *lambucio* arquea la lengua, la cual (perdonen que se la saque) recuerda la *lama* u hoja de la espada que el herrero endereza con los golpes del martillo en el yunque... Pero esta vinculación semántica y fonética entre el *limo*, la *loma* y las *lamas* o *laminas* dobladas aquejadas de *lumbago* nos exige antes un estudio *preliminar* sobre los límites previos de la fantasía y los fueros de la intuición o imaginación *subliminal* en la investigación filológica...

Libertad, libertad...

Los **libros** o *corteza* blanca de los árboles fueron las primeras *cartas* de amor para los corazones enamorados. La pasión más *corta* cabe en la *corteza* de un tronco *cortado* y convertido en papel. ¿Dónde *termina* la **libertad** o comienza el *determinismo* en la elección de la media naranja? Vamos a tratar aquí sobre el **libre** albedrío con ese estudio o empeño del aficionado que no está *libre* o exento de caer en la ironía como una manera de contener y encauzar sublimando la ira o cólera del aguerrido Aguirre **librándose** de los lazos que le atan con la Corona de Castilla. Antes de que el hombre descubra un día feliz o aciago la **libertad** debe por fuerza o necesidad lógica sentir primero el deseo (*cupiditas*) de ser **libre**. Solamente este deseo del esclavo por naturaleza es capaz de torcer el camino de la flecha disparada por el arquero Cupido. Las piedras no se encuentran nunca en su caída **libre** con un dilema o una encrucijada que les obliga a decidir un acto dando rienda suelta el entendimiento a la mula de su volátil volición. Aunque les pese a los puritanos de la moral, siempre propensos a denunciar con acritud la degradación de la **libertad** en **libertinaje**, la raíz del vocablo “**libertas**” es la misma que la de la palabra “**libido**”. O sea, el gusto o deseo que nos empuja a abrazar las cosas que son agradables. El vino nos **libera** de las rígidas convenciones sociales permitiendo que el anfitrión de la casa se asome al interior del alma. “*En el vino, la verdad que nos hace libres*”. En la antigua Roma algunos hombres eran detenidos después de un banquete en el cual la **libación** ofrendada al dios Baco les soltaba la lengua refrenada acerca de sus íntimas opiniones encubiertas. Cuando César quiso castigar a unos soldados borrachos que lo habían ofendido rectificó su propósito al escuchar la observación jocosa de uno de ellos: “*Y más hubiéramos dicho si no se acaba antes la botella*”.

Pero la **libertad** del hombre **libre** está limitada por las autoridades *legales*. La Ley (<*lex, legis*) señala lo que es **lícito** o **legal**, las acciones permitidas. El verbo **liceo** (o **liceor**) significa “*estar a la venta*”, de donde adquiere el sentido de “*valorar*”, “*encarecer*” o “*poner precio*”, “*estimar*”, “*conceder*” o “*permitir*”. De la misma manera que “**nunc**” (*ahora*) se opone a “**nunca**” con una leve modificación, la raíz /**lib-**/ del hijo *libre* o **liberto** se enfrenta al radical /**lic-**/ del siervo o esclavo vendido en subasta y que

no tiene la **licencia** o permiso *legal* para ejercer un derecho. ¿Existe alguna relación verbal entre la **licitud** de la **legislación** y el **lignum**, haz o faja del **lictor** – agente ejecutivo de la ley - procedente todos de un radical **l*k**?

Un combate de boxeo

Antes de que el nombre (*nomen*) sea un presagio (*omen*) de la *cosa* existe la *cosa* misma. El “*perraje*” vagabundo de las *rúas* o calles se enseña mutuamente los dientes *caninos* sin esperar a que los díscolos escolares *refunfuñen* o se hagan *reproches* recíprocos aposentados en las filas de las bancadas y obligados a tragarse el ricino de las declinaciones latinas. El verbo “*reñir*” se desprende del latín “*ringi*”. La *agresividad* ingresa como un *ingrediente* de la naturaleza desde el primer instante en que una raíz se extiende invasora para robar agua o un tronco se eleva sobre el vecino para hacerle sombra. Las mujeres desgrednadas *pelean* y se sueltan el moño estirando del *pelo* ajeno o dejándose la *piel* bajo las uñas de su rival en el amor. El boxeo o lucha libre entre dos furiosos contrincantes en un “*ring*” (¿por qué no un “*gong*”?) ha sido siempre un espectáculo predilecto de la chusma o “*canalla*” (<*canis*). Esta última voz (“*ring*”) es de origen bárbaro y designa un “*círculo*” o “*anillo*”. ¿Y no es precisamente un *corro* lo que dibuja la masa de ociosos espectadores cuando jalea o da ánimos a uno cualquiera de los *gallos* o pesos *pluma* en la *riña* o pelea callejera entre dos púgiles?

¿Cuál puede ser la raíz léxica de las *riñas* o viejas *rencillas* entre los *colegas* de un ilustre *Colegio* de Ingenieros? Los Reglamentos y las *reglas* deben ser *rígidas*, como la *rigurosa* justicia del *regente*, para tirar *rectas* las líneas o *renglones*. Cada *renglón*, “*ringlera*” o hilera tiene un *rango*. Todos los pesos pesados (o peces gordos) se sientan siempre en la primera fila como los *empollones* de la escuela y los *gallitos* del corral que se *pavonean* ante el gallinero del teatro. ¿No se originan muchas disputas actuales entre los partidos políticos o antaño entre las órdenes religiosas por cuestiones de rango en el orden protocolario de las procesiones? Ahora bien, se comprende que todas las “*reglas*”, además de tirar los *renglones*, o *rangos* sirvan a los envidiosos como catapultas para disparar sobre el cogote de los más adelantados en los bancos. ¡Y ya está montada la *riña* (<*ringi*) que debe pacificar el maestro o rey de la clase usando otra *regla* como vara de medir la responsabilidad de cada cual en la gresca!

¡Tronco va!

En un relieve del Museo Británico se puede ver, sin necesidad de tener la visión aguda del *águila*, a unos obreros asirios llevando sobre los hombros unos picudos “*picos*” y unas “*sierras*” de cortar la piedra en las canteras de alguna colina oriental o de una cercana *serranía*. Los *dientes* de tales *sierras* son uniformes como las blancas piezas *dentales* de la hermosas moras o las *serranas* de la nevada “Sierra morena”. Pero los *serruchos* sirven particularmente – de tal palo tal astilla - para *talar* por el *talón*, pie o base del árbol y *cortar* la *corteza* de los árboles *recortando* o haciendo más *cortos* los troncos *truncados*. ¡Aserrín aserrán el *serrín* de los maderos de san Juan! El *tajo* o filo del hacha afilada permite *atajar* el camino abierto despejando el bosque.

Y ahora no nos vamos a “*cortar*” un pelo con la tijera de *tejer* las teorías sustentadas “a pelo” en algunas hipótesis enraizadas o *arraigadas* solamente en el fondo inconsciente del idioma materno. Si el *corte* de la barba a navaja no suele hacer sangre, el *corte* de la luz solar *interrumpe* o rompe en el *intervalo* o “entre valles” - de sol a sol - el trabajo diurno del escriba (Berceo nos confesará en un verso ¡bien lo sabía! que escribir de noche a vela es un *mester* o *menester* pesado). Quien nos da un “*corte*” en el discurso (“¿por qué no te callas?”) nos deja paralizados, suspensos, frenados en seco, como la *sierra* manual o mecánica que se *atasca* - ¡ris-rás! - en el *tarugo* y da una *tarascada* que derriba de un solo golpe o hace saltar en tierra a cualquier leñador amigo de don Tartarín de *Tarascón*. El vocablo “*rija*” o “*raja*” también rasguña en la mente (*rik-rak*) el ruido u onomatopeya sonora de la lima o de algún instrumento cortante sobre un objeto *lijado* o alisado. La palabra “*ringorrango*” (<*ring, rang*) ¿no alude acaso al *rasgar* o rascar de la pluma o *plumilla* sobre el papel escrito y de ahí al sentido de algo que resulta un adorno superfluo, las volutas de las letras capitales alambicadas?

Como conclusión, levantemos las copas de un loto en un brindis al sol como hacen el faraón y su “*faraona*”. Los carpinteros como José son los obreros manuales que usan con preferencia las *sierras* y necesitan cortar con ellas tablas “*rectas*” para las “*mesas*” (<medir, *mensurar*) o bien los palitroques que forman los *radios* que irradian (>*rayo*) de las *ruedas* de los carros *rodantes* de los caballeros que, si no son andantes, acompañan o *siguen* en el séquito al *Rey* Sol, el Solo o Dios solitario. ¡Tres hurras por Rá, su *regente* en la tierra!

Y volver, volver, volveeeer...

Las **vueltas** o revueltas que da la vida se parecen, o hacen *pareja*, a los *zarcillos*, sargazos o las enredaderas de la parra de las vides aéreas. El joven libertino que se va de *parranda* con los amigos de Baco y de Venus puede, como cierto poeta enamorado del Barroco, acabar sus días de pecador como familiar de la Inquisición. La palabra “**volver**” - esto no es nada “**revolucionario**” - se deriva probablemente del **vuelo** de las moscas distraídas o de los buitres **volando** en *espiral* como un torbellino sobre el animal moribundo *aspirante* a transformarse en carroña. También los ríos – “*caminos que andan*” según la greguería de Pascal – tienen sus brazos alargados o sus *codos* y recodos. Pero el agua del arroyo (Vicente con su gente) no fluye contra la corriente más fuerte y quien está de vuelta, no “va” sino que “viene”. Quien regresa sabe como **volver** del laberinto confuso en el que se interna como Teseo, si no ha roto antes el hilo rojo de Ariadna o las silvestres palomas famélicas se han comido las migajas de pan dejadas como avisos o mojones para salir del bosque salvaje lleno de lobos y de brujas verrugosas.

El **peregrino** (< *per aeger*) “*atraviesa o cruza los campos*” como un nómada sin detenerse más que lo previsto para hacer provisión en la ruta. La “**parroquia**” es únicamente el *albergue* o *refugio* de quien está aquí en este mundo de paso sin pertenecer a este mundo tan mudable y tornadizo. Ahora bien, un viajero “**extraviado**” de la *vía* correcta se **pierde** o pierde la ruta o *derrotero*. Entonces da varias vueltas “**perdido**”, “**derrotado**”, hasta que finalmente el desorientado **perito** (<*per, itus*) de tanto *ir* y *venir* halla el norte, la dracma perdida y el medio de salir del embrollo. El **perito** se hace **experto**, tiene la **experiencia** del baquiano que conoce el terreno. Hasta su vuelta (¿primera o segunda avenida?) el hijo del Hombre dejó las llaves del Arca o arcón al pescador que ha metido las rodajas de merluza congelada a la nevera. Cuando el Pastor **inexperto** *descarría* a las pécoras buenas y no sale en busca de las malas, los lobos feroces se comen a *Caperucita* Roja y las lobas alimentan con la leche de sus pechos a los *capuchinos* hijos rumanos y católicos de Rómulo y Remo.

La chistera de los chistes

¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? Al romper el ***cascarón*** nace el ***casco*** que luce sobre la cabeza el quejumbroso pollito griego Kalimero. Sin embargo, tal “*escudo*”, “*parasol*” o “*paraguas*” sin el bastón o la espada es bueno para detener los dardos de lluvia que lanza un arquero desde las nubes pero nada práctico para proteger la *testa* de los ***cascotes*** que caen de una obra en ruinas o los *tiestos* que el viento tumba del alféizar. El pedigüeño o *pordiosero* sabe que la mano tendida o *extendida* rogando “*por dios*” debe tener una ligera ***concauidad*** similar a la del cesto, *cuenco* o cepillo de las limosnas. En el paleolítico no se había aún inventado los *bolsos* “chic” de señora ni tampoco los pantalones de los chicos con... dos *bolsillos*. ¿Cómo hacía el cazador en guayuco o taparrapos para meter el conejo o la paloma cazados? ¿Y la flecha ¡aj! sin el carcaj o aljaba? En un abrigo rupestre de Albarracín se ve pintado en negro a un hombre que lleva en la cabeza una “***chistera***” (es decir, un “*cestillo*” o, en la lengua de Cicerón, ***cistella***). De esa ***chistera*** surgen los *típicos* chistes del bajito Coll, con su sombrero de hongo en la cabeza; y salen también los magos sin corona, ilusionistas o “***prestidigitadores***” de “dedos rápidos” o *prestos* a engañar la vista lenta transformando como el genial Picasso un guante blanco en una hija Paloma o una Colombina sin Arlequín.

Policía o guardia municipal

Desde el pueblo maño de la **Almunia** (o “huerto”) de doña Godina hasta la villa granadina de **Almuñecar**, encontramos dentro de los *muros* patrios de nuestra *morada* castellana la prolífica raíz /**mun-**/. En latín “**municipio**” (<*munus, capio*) significa “*tomar un cargo, oficio o tarea pública*”. Y entre los varios “*deberes*” “oficiales” del “ayuntamiento, concejo o la **municipalidad**” (valgan todas las redundancias) se halla levantar **moenia** o murallas protectoras en torno del recinto urbano para así **inmunizar** la villa de un posible ataque enemigo (los virus desconocen que “**inmune**” era solamente en latín “*libre o exento de servicio, tributo o contribución urbana*”). Sin embargo, la invención de la pólvora y las balas, bolas u otras armas de **munición** acabó con la **inmunidad** de los ediles que todavía conservan los parlamentarios o diplomáticos. Otra función **municipal** es limpiar las calles y plazas de **inmundicias**, peladuras o **mondas** rizadas de patatas, boñigas o “**moñas**” de vaca, esas pelotas abultadas de cocido tan parecidas al **moño** atado con redecilla de doña “*Catalina*” - eufemismo de caca - Cagarruta. Y como un rebullo de trapo atado con una cuerda se parece a un **moño** – más pulcro y sostenido que la **moña** – se llamó “**muñeca**” a ese juguete supuestamente sexista de los que piensan que “*madre no hay más que una*”, pero “**muñecas**” y “**muñequeras**” hay más de dos si tocamos la puerta donde cuelgan los *ramos* que identifican a las casas de rameras. Por supuesto, “**amonestar**” o “*avisar*” (<*monere*) a las meretrices para dejar *impolutas* las esquinas o farolas es un cometido ordenado a la **policía** municipal que pone las esposas en las **muñecas** del adúltero salvo que tenga “**muñones**” en sus **muñecas** articuladas. No hay que recordar a nadie que solamente la democracia **remunera** a los concejales mientras que la aristocracia considera un honor servir a la ciudad desde la alcaldía. Por esa generosa razón, los cargos públicos en la vieja Roma gastaban de su propio peculio para brindar a sus gobernados fiestas o banquetes con una gran liberalidad o **munificencia** con la esperanza de resarcirse luego con el erario público. Hoy – ya se sabe – los ediles tienen prohibido recibir “regalos” personales (otro sentido de **munus**) o sacar provecho ilícito de su deber u *oficio* municipal. El **muñidor** era un ordenanza que avisaba como

el **monitor** (<*moneo*) a los cofrades o patricios de la ciudad para asistir a las Juntas municipales y, naturalmente, las **almonedas** o ventas públicas se prestaban a las *mañas* mafiosas de los “subasteros” que **amañan** bajo *mano* los resultados. Las *subastas* (¿quien *sube* o *empuja* el precio en la *puja* realizada “*bajo el poste o asta*” - *sub asta* - que congrega compradores y mercancías?) se prestan a tricotar esas tramas o pequeñas triquiñuelas. Debemos estar *avisados* (<*moneo*) como el médico cirujano que tiene a los pacientes sobre la mesa del quirófano “**monitorizados**” controlando las constantes vitales.

Top manta

En lugar – *topos* – de **toparse** con una iglesia en una plazuela como el rústico Sancho, el viandante se encuentra paseando como un *topo* a la luz del día por los túneles de las callejuelas con unos *nigerianos* (<**niger**, negro) vendiendo unos discos “*quemados*” igual que unas tortas de maíz en la plancha o parrilla. Y aunque el lugareño esté ciego a las bellezas y monumentos de la ciudad natal abre bien los ojos cuando contempla a una bañista sueca en **top less** ... ¿Tiene algún **tope** la evolución de los nombres y de las costumbres de la sociedad? Entre las cosas que antaño no se podía embargar era el **manto**. Al mendigo – ¡*poverello!* - le sirve como **manta** y **mantel** para acostarse sobre el **mantillo** sobre la tierra. ¿Hubiese partido y *compartido* su capa san Martín si se tratase de un **mantón** de Manila? Habitualmente los desgraciados son **manteados** o reciben bajo la **manta** una **somanta** de palos que les impide *mantenerse* en pie y reconocer a sus vapuleadores. La **manta** es la *mansión* del **manso** bienaventurado que solamente tiene pies para caminar lento o “*quedo*” y quedarse **mantenido** a la sopa boba en el “**manso**” o terrenos del *monasterio*, hospital u *hospedería* para huéspedes de paso. La voz “**mansedumbre**” (<*manus*, *suesco*) significa “*acostumbrado a la mano*”. O sea: **manido**, sobado, *dócil* al docente o maestro como un perro *amaestrado* y un animal doméstico al que **manda** poco o al **mandamás** que más manda y con una **mano** firme al dar la mano (<*man(us)*, *dare*).

Todas las mujeres saben (o los hombres sospechan) que, si tiran de la **manta**, se descubre al desnudo que debajo de la sábana existen distintas

escalas, baremos o escalafones del relieve masculino. Algunos portentosos ejemplares levantan la **manta** como se alza la falda del **monte** y se erige una **montaña** o una obra *monumental* y otros solamente recuerdan a la *mota* insignificante de un ridículo **montículo**. En latín “**mantica**” tiene el sentido de “*bolsa o maleta*”, claramente comprensible para quien recuerda a los *maletillas* cargados con su *hatillo* o a los negros corriendo embarazados con su **manta** de vagabundo cargada hasta los topes de películas pirateadas. Los agentes *desvalijan* o confiscan legalmente las *valijas* de los buhoneros. Es curioso que los modernos “**emilios**” o *e-mails*, aunque ya no viajan en bolsas o *sacas* de correo en diligencias, mantienen un lazo con la “**mantica**” de sus antepasados. La voz “**maleta**” deriva del francés *malle* (en inglés *mail*). La *red de redes* es una *malla* en la que caben todas las cartas electrónicas que suceden a las **manuscritas**. Pero de la descendencia de la raíz de “**mano**” hay historias “*a manta*” para saltar huyendo sobre un tren sin respetar el **stop**... Casi tantas como películas se *muestran* en el **top manta**.

La venganza de don Mendo

¿Es la voz “*mendicus*” uno de tantos hijos bastardos – escribábase en *bastardilla* – de la vieja raíz añosa de la palabra “*mano*”? El *mendigo* (muchas veces extranjero, sordomudo o tartaja) pide o “*dice*” con la *mano* *indicando* – “*mendicare*” - con el dedo en triste silencio que no tiene un *mendrugo* (¡vaya *manjar!*) para “*manducar*” (o sea, para llevarse o *ducere* a la *mano*). El vocablo “*menda*” significa en latín “*falta, mancha o defecto*”. Y si el mejor *amanuense enmienda* el texto emborronado, los *sastrecillos* de ocasión *remiendan* las telas o retales con los que se disfrazan los *harapientos* o andrajosos. Algunos lingüistas sostienen que la voz “*menda*” deriva de “*minus*” y, por tanto, cualquier “*menda*” es también un *minusválido*. Pero, como suele decirse, “*antes se coge a un mentiroso que a un cojo*”. Si el tullido o jorobado tiene un defecto físico, los “*pordioseros*” suelen tener el vicio moral de mentir sus deformidades exagerando su *minusvalía*. Los *mendigos* son *mendaces*, enfermos imaginarios, tramposos y *trapaleros* envueltos en los trapos.

El *mendigo* se arropa en su viejo *manto*, que le sirve también como una bolsa para llevar dentro su miserable “tesoro” y como un *mantel* desplegado para comer ciertas comidas grasas o sebosas que dejan en su “*mantica*” (o “*valija*”) la huella grasienta o “*mancha*” de la *manteca*. Los *mendigos* suelen ser también locos o enajenados, con la “*mente capta*” o “*mentecatos*”. Como aquel tristemente célebre durante un tiempo “*El Cojo Mantecas*”.

¿Vamos a *pedir* o solicitar un crédito (¿valor o precio?) a los filólogos con plaza para asociar “*mendigar*” con “*manus*” y “*manduca*” o “*llevar a la mano*”? No está en nuestras manos la verdad sino la investigación honesta de esa verdad. Si *pido* soy *mendigo*, mas si *desprecio* soy necio...

La gripe A

La **gripe A** (tan española como el mal *gálico* o francés) debe de pertenecer a una categoría o escala administrativa de las enfermedades superior a la hepatitis **B** o **C** (o quizás responde a una terrorífica triple **A**: **Asustados**, **Alarmados**, **Aprensivos**). En cualquier caso, la *cepa* del virus léxico de la **gripe** común parece tener su foco en el territorio helvético y originarse en la viña del radical germano “**grüp-**” cuyo sentido primario es “*acurrucarse, temblar de frío*”. Probablemente resulta quizás un tanto **grotesco** señalar que tales verbos o acciones (encogerse y tiritar) son muy propios de vivir en las “**grutas**” o cavernas tan propicias a pescar un resfriado. La **gripe** (o “**influenza**”) *influye* en la vida porque no es agradable el *flujo* o la *fluencia* de la mucosidad en un **catarro** (<gr. *cata* o caída, como en *catarata*). La **gripe** se contrae lo mismo en el Méjico lindo que en Génova, Ginebra o en la misma *Florenxia*, que además de *flores* en su escudo tiene su propio *flumen* o río cuya humedad es tan buena como otra cualquiera para atrapar con la caña y el anzuelo un buen constipado. En todas partes existen “**grifos**”, esos animales fabulosos o “*gargolas*” que arrojan **engrifados** o erizados el agua torrencial de las lluvias otoñales como un manantial o los *gargarismos* y *gargajos* de la boca de una fuente romana.

La raíz latina de “**crupta**” (o **cripta**) tiene los mismos síntomas que la germana “**grüpi**”. En la **grutas** se enciende el fuego de la hoguera que “**crepita**” con chasquidos de los lápices o carboncillos de madera quemada y en la que unos **griposos** mocosos u hombres barbudos, enfundados en pieles de bisonte, se **encrespan** tensos, encogidos, *agrupados* en **grupo**, y tiritan encorvados agarrándose con las manos **crispadas** las dos rodillas sentados en torno de unas llamas envueltas en el humo denso sin saber si tienen de veras frío o calor. La raíz germana “**krupps**”, en *contacto* o *contagio* de “**grüp**”, tiene el sentido de “*bulto*”, “*bocio*” o “*nudo*”, como el que resulta de la inflamación de los ganglios en unas paperas, anginas o amigdalitis. De ahí deriva en el bulto o joroba del buey – la **grupa** - u otros animales de *monta*. Ahora bien ¿qué empuja al hombre que vive en la **gruta** de un *monte* y *monta* en la **grupa** jorobada de un buey o camello a injertar como ramas de un mismo tronco genealógico (así *lomo*,

solomillo, cerro o *loma*) unas raíces vecinas o cercanas? En Caracas se llama “*la Silla*” a cierta cumbre del monte Ávila por su parecido con una *silla* de montar. Además del bulto o la bóveda del lomo animal ¿será que ***krupps*** se asocia al vecino ***grüpp*** por la similitud entre una tiritona o tembladera ***gripal*** en el sillón y el movimiento agitado del trote sobre la ***grupa***, silla o *montante* del cuadrúpedo *carro* de cuatro “*remos*” o “*patas*” encargado de *cargarnos*?

Los filólogos serios no pueden ser tan insensatos admitiendo ideas tenidas o *sostenidas* bajo el lirio de un Salomón que no teje y el delirio lírico de Saúl escuchando salmos con la fiebre alta durante un estado de neurosis o alarma ***gripal***. Pero tampoco se puede olvidar que “*el oficio más viejo del mundo*” – mucho antes de que hubiera *putas* y *putos* clientes – es la poco reputada en nuestros días poesía o *logos* poético. El hombre ***primitivo*** (¿no merece por ello un ***premio***?) fue el ***primero*** en sufrir y “*pensar*” con pesar en la ***gripe*** tomando la delantera a los laboratorios de la moderna ciencia farmacológica que prepara con presión una nueva ***vacuna*** milagrosa ordeñando en un cubo las ***vacas*** frisonas y haciendo *pruebas* en una probeta. El nombre de “Poesía” – voz griega – quiere decir “*creación*”, una empresa innovadora: “¡Hágase la ***Fiat!***”

Amén, así SEA...T.

La docta ignorancia

Cuando el maestro enseña al **discípulo** descubre que la sabiduría del *sabio* consiste en saber que el tarro de las *esencias* destapadas no huele ni *sabe* a nada. El verbo “**discurrir**” viene de “**correr**” (¿no recitan acaso muchos **dúctiles** escolares la lección aprendida “*de corrido*” o de “*carrerilla*”?). Ahora bien, los **discursos** variados suscitan una competición o separación (<*dis*) entre los **cursos** o carreras, una **discusión** paralela que muchas veces genera una lucha o *polémica* y **repercute** en recibir algún varapalo físico o moral en la testa testaruda con algún instrumento de **percusión**. El pedagogo o **docente** (<*doceo*) toma o lleva de la mano al niño, que se deja **conducir** (<*cum, ducere*) al gimnasio o la palestra de una manera “**educada**”, “**dócil**” (<*doceo*), como si fuese un potro *amaestrado* que se deja acariciar con *suma* suavidad el lomo por la mano del maestro que dicta las *sumas* y los dictados.

No sabemos si está bien “**documentada**” o señalada la vinculación entre las raíces verbales de “*enseñar*” (<*docere*), “*llevar*” (<*ducere*) o “*decir*” indicando – *deixis* - con el dedo índice (<*dicere*) la opinión **ortodoxa** (<¿*dux*?) sobre las normas de ortografía. En cualquier caso, el maestro es un guía que señala el camino con la punta del bastón o de la regla y hace entrar en vereda por el buen camino a todos los pupilos descarriados fuera del carril. Los discípulos “**díscolos**” son aquellos que se distraen y no oyen el discurso grabado en el “*cederrón*” o **disco** pedagógico o *didáctico*. O sea: quienes prestan más atención al **disco** lanzado por un **discóbolo** que a la *parábola* o palabra del pedagogo. Bastantes estudiantes de geografía o historia prefieren hoy las andanzas de los “*peloteros*” o jugadores de balompié que el rodar del *globo* terráqueo y las *indicaciones* del **docente** acerca de los ciclos de las estaciones naturales o las revoluciones políticas (en 33 r.p.m. algunas, en 45 r.p.m. otras más aceleradas).

Sea de ello lo que fuere, el **docente** no olvide nunca que los *cursos*, si son **didácticos**, conviene que estén siempre **dactilografiados** para que circulen las hojas de mano en mano. Por supuesto, existe el inconveniente de que la escritura permanece (o es susceptible de reproducción o **copia** por don *Abundio*, que tanto *abunda*) mientras que las palabras vuelan, como bien saben los cantantes en *gira* que prefieren los grandes *estadios* al **tocadiscos** cuyos **discos** se graban en un estudio...

Paso que piso

Las raíces verbales, como los Patriarcas de la Biblia, tienen una descendencia tan numerosa como “*las arenas del desierto o las estrellas del firmamento*”. Sin embargo, algo debe mantenerse *firme* (o casi invariable) en la estructura genética de los *radicales* para que la *prole* derivada se reconozca a sí misma como originada en la fuente del mismo manantial. Los sonidos “**consonantes**” (<sonar con) no *suenan* nunca solos sino que lo hacen como “*acompañantes*” o coristas de las divas **vocales**. De ahí que sus cambios sean “*empujados*” por las solistas o vocalistas cercanas o bien mediante la asimilación (o distanciamiento) a otras consonantes vecinas sustentadas en vocales de sílabas colindantes. La sonorización del fonema /t/ en /d/ depende del contacto o contagio de las vocales siguientes, algo bastante más frecuente que el opuesto o inverso ensordecimiento debido a la pérdida de sonoridad causada por una variación de la tensión en las cuerdas. Cuesta más bajar la voz que alzarla.

En la escritura primitiva del hebreo solamente eran relevantes las letras consonantes pudiendo omitirse las vocales, aunque tal omisión no estuviese exenta de ciertos problemas de interpretación (pensemos en los textos masoréticos o en la doble forma “*Yahvé/Jehová*”). Esa estabilidad de las consonantes radicales y la variación más flexible de las vocales hace posible que ligeros cambios o alteraciones puedan modular el significado esencial de la raíz primitiva en diversos sentidos o acepciones semánticas relacionadas. “*Paso que peso y piso...*”.

Paseante, sigue mis **pasos**, pues “*se hace camino al andar*”, al **pisar** y **repasar** haciendo un callo en los pies o desgastando la suela de la bota. La **apisonadora** transforma en gravilla o guijarros las piedras o losas **pesadas** de las vías romanas para hacer el **piso**, la **pista** de tierra que nos hace seguir las huellas si no andamos **despistados**. Claro está que lo primero de todo es colocar en su sitio las piedras, **aposentarlas** en su **posición** en el camino junto al cual se levantan las **posadas** para quienes van de **paso** y necesitan **reposar el peso** de su cuerpo sobre sus **posaderas**.

Los dibujos animados

El canario *Piolín*, el pato *Lucas* y el gato *Silvestre* son todos dibujos “**animados**”, pero ninguno de ellos es de veras un “**animal**” (y “*a mucha honra*”) como un servidor de ustedes o *ustedes* mismos. La voz “**alma**” viene de “**anima**”. O sea: soplo, aire, brisa... En suma: movimiento. Las fiestas “**animadas**” (“*muermos*” abstenerse) son aquellas en las que se menea el esqueleto igual que se mueve la bandera de un espantapájaros zarandeada por las flatulencias del viento sonoro. Aristóteles creía que también los ceporros o los alcornoques tenían grabado en la corteza en la que se clava la flecha su pequeño “*corazoncito*” (un **alma** “*vegetal*”, claro está).

Ahora bien, por mucho que se hagan hervir las raíces de todas las hierbas nunca se obtiene como resultado el caldo de una sola gota de sangre. Los vegetales, aunque tengan un **ánima** de tercera, parece que tienen “**anemia**” (<gr. *an*, *hemo*) o falta de glóbulos rojos. ¿No es lógico que tengan también un estado “**anímico**” tan postrado y decaído que solamente puedan estirar, como si bostezaran en un sillón, las ramas de sus brazos y las piernas de sus raíces? El hombre primitivo alcanza a ver que unas cosas se mueven solas y otras necesitan ser movidas. El obrero es sacudido en su pereza por el látigo del capataz; éste se mueve al dictado del índice del gobernador o primer ministro y las rodillas del visir tiemblan ante la sola mirada del monarca que está sentado en la silla del trono sin mover un músculo de la cara. ¿No debe existir un “*motor inmóvil*” que mueva todo sin ser movido por nadie? ¿Cual es la fuente última de todas las **ánimas** que penan en este hondo valle de lágrimas achicando el agua de las naves que naufragan azotadas por el movimiento de las olas encrespadas? Nada tan sutil como el aire o las sutilezas de los filósofos de la naturaleza. Sin embargo, estando tan cerca, no vemos nunca el aire ni el granito minúsculo de polvillo que se nos mete en los ojos... ¡Frotarse para creer!

La raíz verbal /**hum-**/ nos da el nombre de la “tierra” (**humus**) y también del líquido corporal (**humor**). ¿Y qué es el “hombre” (<**hominem**), el ser **humano**, la **humanidad** entera, para que se acuerde de ella Dios? Pues solamente *barro*, *polvo*, tierra “**húmeda**” que, una vez seca, se puede cuartear o romper en pedazos igual que los huesos descalcificados o una vasija modelada con arcilla roja. En su torno giratorio, el alfarero mueve o

da vueltas – “**anima**” - una tierra informal y **desalmada** cuyo color rojizo – procedente del hierro – recuerda el color de la sangre. El barro o arcilla **animada** cobra forma, figura, aspecto o “idea” según la idea que se haga el artesano.

¿Tiene alguna relación la raíz de “**hemo**” (rojo) con el radical “**humus**” (tierra)? ¿Se puede relacionar la raíz léxica de “**vida**” con la de “**vid**” o la *viña* evangélica que nos da la “*sangría*” o el *tinto* rojo como la sangre humana de Cristo, “Ecce **Homo**”? Pero en griego la raíz “**homo**” significa “*igual*”, “**homalos**” es “liso, igual”. De ahí que “**anómalo**” es “*desigual, irregular*”. El alfarero *alisa, iguala* con la paleta, quita el exceso de barro mientras hacer girar con los pies al mismo tiempo el torno con un movimiento regular...

En verdad, Adán – modelado de la arcilla - es un **animal anómalo**. No es *normal* que un **animal**, sin ser un dios o deidad (**numen**) se dé a sí mismo la ley (**nomos**) como si fuese una criatura *autónoma*. Y menos aún que al partir la vasija en dos mitades iguales (**homo, hemi**) salga de un costado una Eva tan semejante y tan diferente del **homo** insípido sin la sal, el salero y la gracia de una malagueña salerosa.

A Belén pastores ...

El oso “**panda**” *Chu-lín* (muy típico de *Chonching*) es un osezno bastante “rechulo” (nada que ver con la pasta del “churro” o mojón humano ni con los buñuelos y las cagarrutas de las *churras* dichas por la otra boca negra “*a la xinesa*”). Casi se podría decir que sus blandos, suaves, pequeños, platerescos peluches, están todos ellos tejidos alternando el huevo u *ovillo* de lana de alguna oveja blanca con la madeja de otra mala *pécora* negra. El vocablo “**pando**” - y me quedó así tan “*pando*” al decirlo – tiene la misma raíz que las palabras “**panza**” (Sancho) o “**pancho**” (Villa). En latín “**pandus**” significa “*redondo*”; y es de ese modo como nos imaginamos también ¡menuda **pachorra**! a los charros de Zapata con su sombrero o al buenazo de Sancho **Panza**, un tierno osito **panda** recostado en medio de la manchega Mancha de *manteca* en el mantel sobre la hierba, o como un queso de cabra redondo y rodeado de todo un ejército de ovejas lanudas pastando un manjar tan sabroso como son los *pasteles*, la “*pastanaga*” o zanahoria, las pastas al “*pesto*” o los pestiños (no hay que decir que tanta “**pasta**” nos hace gastar una *pasta* en medicinas y tomar de postre con la “pepsi” alguna *pastilla* para la dispepsia).

También las hogazas de “**pan**” (“*cruz cruzada, panadera*”, dice un verso del Arcipreste del Buen Amor) adoptan la forma rotunda y oronda que desde Parménides hasta las sagradas formas – en plata, “hostias” - se considera como la imagen de la perfección. En las hogazas que hacen los artesanos del pan se inscribe en la corteza una cruz para besar el pan bendito. ¿No nos da un cierto “**pánico**” caer de bruces en el idealismo “**panteísta**” afirmando que “todas (gr. “**pan**”) las cosas son dioses”. Dios (*Theos* o Zeus) está en todo, “**enthousiasmado**”, incluso en el flato o soplido de la flauta lasciva del dios Pan. Pero volvamos ¡abracadabra! a las patas de cabra del cabrito o del macho cabrío ¡y al diablo “cabroncete” con las consecuencias!

Los pastores de Belén cantan llenos de gozo y alegría los villancicos navideños: “Una **pandereta** suena...”. Este instrumento musical se hace con la piel o pergamino del cordero tensada o extendida sobre un armazón de madera tan redondo como una rueda y adornado en la circunferencia o los bordes con unos platillos o címbalos no menos circulares. También los tambores o bombos son redondos y se hacen usando la piel tersa de algún

animal doméstico. Y en latín “**pandura**” designa a un instrumento musical de cuerdas (se supone que hecho de tripas estiradas como los callos). El verbo latino “**pando**” tiene el sentido de “*tender, extender, desplegar, abrir*”. En latín **pantex** (o **pantices**) es una red que se tiende para cazar “*toda*” clase de animales (la “**pantera**”, verbigracia, que se queda ella sola atrapada o enredada en la raíz del nombre). Y el rollo de piel o pergamino de las ovejas se *desenrolla*, despliega o desarrolla. Es decir, se “*abre*” (<*pando*) como la panza de la oveja **despanzurrada** o **despachurrada** tendida sobre el altar y a la que se raja en canal en el sacrificio. ¿Debemos señalar también que las ovejas nos dan “**paños**” de lana mucho antes de que los gusanos nos ofrezcan “**pañuelos**” de seda? ¿O que las **pandas** o **pandillas** cantas *rondallas*, *rondan* a las muchachas hermosas o hacen la ronda nocturna cantando con **panderetas** como unos tunos *tunantes* en una escuela salmantina? Hay pícaros estudiantones o mendigos andrajosos, cubiertos de remiendos, que se las “**apañan**” bien con el hilo y la aguja para no compartir el **pan** con los **compañeros**...

Dejemos ya una raíz tan generosa que nos puede llevar volando con la fantasía desde el adolescente eterno **Peter Pan** hasta aquella maléfica caja de **Pandora** o bien los deliciosos “**pandorinos**” preferibles a las migas o **panduro** de los pastores de Belén. Las *churras* con los churros y los *merinos* con las merendolas de chocolate con churros. Que aproveche.

Super-mega-guay

Como sucede con el *eusquera* o vascuence respecto al latín, una buena parte de los términos jurídicos, administrativos o técnicos del inglés moderno – voces propias de una civilización desarrollada – proceden de la vieja lengua de Horacio o bien del idioma cantado gracias al verbo griego por Homero, aquel ciego *rapsoda* antecesor del “audio” y los raperos de odas para odaliscas encerradas en un cuarto o serrallo oyendo música hasta coger una melopea, una curda o agarrar una turca. Verbigracia, los “*megalitos*” de la arquitectura neolítica son grandes piedras tan “*gigantes*” como los discos duros de muchos *gigas* o *megas* y los *lápices* de cibernautas que toman como su modelo aquellos otros de carbón o *grafito* que dibujan o “arañan” con su grafía las *lápidas* estudiadas por la *epigrafía*.

El neologismo “*píxel*” es una palabra compuesta del inglés “*picture*” (imagen) y de la unidad o “*elemento*”. ¡Elemental, querido Watson! Ahora bien, la palabra anglosajona procede del verbo latino “*pingo*” cuyo supino es “*pictum*”. El *pintor* que *pinta* angelitos negros o blancos en las paredes de las iglesias hace retratos, figuras o representaciones. La raíz de “*picture*” es la misma que la del “*pimiento*” morrón, la “*pimienta*” que pone bermejitos los morros o el “*pigmento*” rojo que hace de *colorante* dado su *color* colorado. El verbo “*pingo*” – *pictum* - se relaciona con “*fungo*” – *fictum* - , cuyo sentido es “*fangir, representar una ficción* o *grabar* una imagen o *efigie*”. Sin embargo, *fungo* (>heñir) está más cercano a “*hendir*” o hacer un relieve con buril, mientras que el verbo “*pingo*” solamente “*pinta*”, “*barniza*” o “*embadurna*” (pensemos en la viscosa “*pez*”, de *pix, picis*). En la antigüedad, desde Asiria a Grecia, un arte menor eran las “*píxides*” o cajitas de marfil tallado con imágenes muchas veces pintadas...

Y concluyamos, como Dios manda, por el final de la palabra “*píxel*”. Algunos lingüistas – no todos- sostienen que “*elemento*” viene de la sucesión de letras *LMN* y sería equivalente entonces a “*abecedario*” o “*alfabeto*”. Pero esta es una cuestión que el ratón de biblioteca *Pixi* deja a *Dixi*. He dicho.

Cena de sobaquillo

Aunque la voz latina “**axila**” (¿no hay un *desodorante* que se llama “*Axe*”?) suena más fina al oído que el vulgar “**sobaco**”, lo cierto es que ambos *sudan* y tienen el mismo olor de ajo que impregna el bocata de pan con aceite llevado o amasado – quizás *sobado* - bajo el ala (<sub *ala*). La palabra “**axila**” deriva de “eje” (<**axis**) ya que el **sobaco** es el gozne sobre el que gira el brazo recto formando un ángulo agudo u “*obtuso*” (o sea, nada *agudo* o tontorrón). Todo “**axioma**” – en griego “*justo, lógico, digno o razonable*” – se funda en un principio fijo o invariable que sirve al navegante como punto de referencia para trazar los ejes sobre los cuatro puntos cardinales de la verdad. La higiene que propone el desodorante al deportista o al turista veraniego es una proposición **axiomática** de la actual vida moderna. En latín el verbo “**subigo**” (<*sub ago*) significa “hacer *subir*” o “*sobar, amasar*”. O sea, alzar el brazo haciendo que bajo el arco del triunfo del **sobaco** actúe por lo bajo el magnetismo animal del obrero revestido con la “*vestidura de oro*”, el sudor aceitoso (*óleo, ¿oler?*). ¿No es comprensible que el **olor** a sobaquina del *sudor* secado con el pañuelo o **sudario** (<*odor, sudor*) nos deje fritos, **sobados**, y nos provoque sueño como los pies delatores que “*cantan*” (*gr. ode*) y dejan *oír* su oda en el auditorio u Odeón (<*audire*)?

Gracias, muchas gracias.

La **gracia** es un don que el Supremo Juez concede de un modo **gratuito** al reo indultado y que le salva de la quema como al *ninot* de las Fallas. El buen ladrón **agradece** el *perdón* – el mayor *don* que se puede dar al *condenado* que ha causado un “*daño*” o *damnum*- haciendo o adelantando el *propósito* de no cometer una nueva *barrabasada*. Pero la **gracia**, aunque sea **gratis**, exige una justificación previa por la fe o los actos. El asceta ermitaño – “*sarna con gusto no pica*” – sube al cielo llorando por el dolor que le produce un *escrúpulo* en el zapato y los golpes o latigazos del cilicio con el que se flagela la espalda. Pero ese trabajo preliminar de *mortificación* del vivo que aún colea – “*muero porque no muero*” – tiene como recompensa dar el salto a la última grada o grado de la felicidad. “*Juan de la Cruz prurito de Dios siente*”, dice un poeta estudioso de la mística hablando de un colega místico. Esa picazón de Dios que provoca un ardor en la piel del alma necesita ser aplacada...

¿Qué origen verbal tiene la voz “**gracia**” (<*gratia*) que concede al pecador el Verbo divino? La raíz /**grat-**/ más cercana es la misma que nos da “**gratinar**” o rallar (fr. *gratter*). O sea: rascarse con sumo gusto, placer o **agrado**. Ciertamente esta voz es de origen bárbaro, pero ¿no se halla en latín el verbo “**cratio**” con el sentido de “*rastrillar*”? Claro está que no debemos llegar al extremo del rasguño o la “**grieta**” (<*crepta*) como las piedras *agrietadas* con las letras, **graphias** o arañazos dibujados en las *inscripciones* de las frases lapidarias con el cincel. Quien desea **agradar** nos rasca con suavidad la espalda allá donde pica y la mano calmante no llega. ¿No es una manifestación de amor y compañerismo el espulgo del mono **gracioso** que nos hace coscas o cosquillas? Con sumo gusto, gustazo y aún “*gustirrinín*” – de buen **grado** - aceptaríamos para las elevadas especulaciones de san Agustín sobre la **gracia** la *graciosa* cosquilla que hace la punta de la pluma sobre el papel, papiro o pergamino. Pero no tenemos pruebas sino fe. Podemos creer o mostrar incredulidad. Ahora bien, nadie tiene la culpa si acaso la fuente parece una gotera poco digna comparada con la magnitud del río en la desembocadura. ¿No hay palacios que han nacido de un pesebre humilde?

¿Gallos o tiburones?

A menos que se aluda a los tiburones – “*pez grande come a pez chico*” – la expresión “*tener **agallas***” parece hacer referencia a la fuente del valor varonil (o, dicho en plata por quien no tiene el pico de oro, a los órganos genitales masculinos). Ahora bien, ¿qué clase de “**agallas**” son ésas que uno debe tener y que sustituyen de un modo eufemístico a los testículos? La palabra “**galla**” o “**agalla**” (<*galleus*), además de designar a las amígdalas o branquias de los peces (como el pez *gallo*) tiene igualmente la acepción de “*bolas, pelotas o **glándulas** de las encinas o robles*”. La voz “**amígdala**” viene de “**almendra**”, cuya forma abultada recuerda la inflamación de los “**ganglios**”. Y el “**glande**” (o *bellota*) designa metafóricamente la “*cabeza del miembro viril*”. También a las cobardes *gallinas* y a los *gallardos gallos* (<*gallus*) les cuelga de ambos lados de la cabeza unas bolsas caídas. Los filólogos nos enseñan que los vocablos “**galán**” y “**gallardía**” son de origen *galo* (ya los romanos señalaron la homonimia entre el pueblo de Axterix y el ave de corral que sirve de símbolo a los franceses y de raíz léxica al alcalde de Madrid). Y el pueblo zaragozano de **Gallur** no sabe si la virgen del Pilar reniega de ser francesa o si debe matar a la gallina de los huevos de oro. A Primo de Ribera (el padre exiliado en el París de las Galias) sus generales le brindaron un banquete en el que la única comida era “**huevos**” para mostrarle el camino a seguir en la guerra de Marruecos. Quizás hace falta la inflamación de los **ganglios**, que se nos “*hinchén las pelotas*” o bien tener, más que **agallas**, el **glande** grande, para hacer ciertas comparaciones atrevidas basadas en la ignorancia supina de la raíz de “*gallus*” o “*galleus*”.

Gladiadores y gladiolos

El **glande** (*bellota*) es una pequeña **glándula** (*almendra* o *amígdala*), una pelota o *globo* hinchado de ciertos árboles como la encina. Y la corteza (<*corticea*) de los **alcornoques** nos brinda el **corcho** que *descorchamos* en las botellas de *cava* (guardadas en *cuevas*) o de **champán**, una voz que nos devuelve a la naturaleza o *campana* devastada por los incendios en los bosques. El hacha o **tajo** afilado de las sierras manuales (una serranía de Espadán con dientes) permite **atajar** abriendo camino por el bosque en la montaña. O sea, **alcorzar** cortando la **corteza** de robles, cedros o alcornoques. En esa corteza, o en el “*libro*” blanco de los árboles talados, los amantes dibujan con navaja o corta espada corazones atravesados por flechas.

Ahora bien, el hombre primitivo tiene afición al sexo y a las metáforas más primarias. En las cuevas o *cavas* donde hoy se guarda el vino espumoso, el hombre del neolítico dibujaba *vulvas* o genitales femeninos similares a las vulvas de las almejas o mejillones. Y el dibujo de un falo o pene - coronado en la cabeza del “**glande**”- en la puerta de cualquier retrete o en la superficie de una pared ¿no nos recuerda a una espada o “**gladius**”? El **gladiolo** – una pequeña espada - se conoce también como “**espadaña**”. ¿Es posible arrojar la red del **gladiador** o reciario a todas esas raíces para hacerlas reptar o arrastrar por tierra enredadas?

Gangas y gangosos

La inflamación de los **ganglios** nos hace **gangosos**. Cuando la garganta está enrojecida – “púrpura o cardenalicia”- impide tragar el “jamón”, reír a carcajada limpia y pronunciar correctamente la fricativa velar /x/ que se transforma sin ninguna *magia* verbal en una *gutural* gala suavizada con miel. Existe una gallinácea parecida a la perdiz que se llama “**ganga**” imitando tal vez su voz de **ganso** patoso y gangoso. Se dice o redice que esta perdiz es costosa de cazar y dura de roer, razón por la cual se denomina “**ganga**” a una cosa de poco valor. Ahora bien, la “ganga” es igualmente la parte desechada de la “**mena**” o **mineral** aprovechable. Y la **mina**, a *menos* que la experiencia secular de los **mineros** se *minusvalore*, **amenaza** con sepultar entre piedras – lapidados – al ser “*inferior*” que osa descender a los *infiernos*. Las cáscaras de las “**amígdalas**” o almendras, como los *casco*tes de una ruina, se cascan con una piedra para sacar el fruto del almendro. Y tal casca viene rodeada de una bolsa, **ganglio** o **glándula** verde que se desprecia (¡qué vaina!) con el resto de los *desperdicios* porque no tiene el precio de las *perdices* tan hábiles para perderse o esparcirse cuando ven llegar al cazador... ¿Es ése filón el camino a seguir para hallar el origen al sentido de “**ganga**”?

Trabajos manuales

Los *manuales* o diccionarios al uso son “más (<magis) o menos (<minus)” *manejables* según la *mano* que les ha dado la forma o bien su último *toque* o retoque personal. “*Toc-toc*” (¿hay alguien allí?). El verbo latino “*taceo*” (*toque* el dedo de Quevedo a la boca abierta como si fuese una mordaza o una vertical aldaba) significa “*callar* o *silenciar*” (“*No he de callar por más que...*”). O dicho de un modo “*tácito*” en el lenguaje prosaico de Tito Livio: “*tachar*”, trazar una mancha negra que nos advierte que no se debe decir en público tal o cual expresión en el papel. No se debe *ventilar* o aventar un pensamiento secreto. “*La imaginación al poder*” es un viejo lema de la *Gloriosa* revuelta del 68 – nada liberal o isabelina – que se aplica solamente por los radicales del sexo en el 69. Una *imagen* (<imago) de *Imagenio* vale *más* que mil palabras pero *menos* que una ilusión. El *mago* o ilusionista (¿no es *mágico* el lenguaje sonoro?) es el que sabe más. La *magia* o *magisterio* de los sacerdotes egipcios compite con la *magia* de Moisés delante del faraón. ¿Quién puede más? Pero los *magos* de Oriente no solamente conocen las fórmulas *magistrales* y el secreto guardado celosamente en la oscura *cripta* o gruta del arte *nigromántica*. Además de poseer con la *scriptura* los nombres de las cosas (<nomine) también son dueños o dominan los números. La *mano* extendida horizontalmente nos indica la talla del *menor*, su *minoría*. ¿Y no es la *mina* o grafito del lápiz el sustento de todas las cuentas? ¿Es casual que el *cálculo* se realice con piedras o *cálculos*? ¿Tiene alguna vinculación las raíces del *más* o del *menos* con la prodigiosa mano que tanto se prodiga?

¡Ándale, ándale!

Quienes peinan canas (o ya no usan peines) recuerdan a cierto roedor mejicano, un *velocísimo* ratoncillo con gorro de charro que no se llama Pérez sino González. **Spedy** González, para ser exactos (clara muestra del uso del *spanglish* en la frontera del río que divide a gringos y *cuates*). El grito de guerra entrañable de aquel personaje de los dibujos animados era “**ándale, ándale**”. Como decir: “*vamos, anda, camina o hazle andar*”. O quizás: “*Arreando, dale al burro tumbado como un vago a la sombra para que mueva su trasero*”. Sin embargo, esta expresión para jalearse al parado no es exclusiva sólo del lindo Méjico. Los *andaluces* también usan el “**ándale**” y la expresión puede escucharse en boca de lugareños acostumbrados a callejear andariegos de un lado para otro.

Suele decirse que el nombre de los andaluces se deriva de los “**vándalos**”, aquella tribu que asoló Roma como un vendaval de bandoleros. Y “*lo que el viento se llevó*” en las incursiones vandálicas de tales bárbaros fue el comienzo de su nombre. De *Vandalucía* a la actual denominación. Curiosamente hasta que durante la revolución francesa un obispo republicano no cargase sobre las espaldas de la tribu “*vandalusi*” los desmanes de los bárbaros no se culpa a éstos de la barbarie cometida tanto por los “**hunos**” (que diría Unamuno) como por los otros.

Y sería una exageración digna de don **Indalecio**, pescador y almeriense, relacionar a los callejeros o *andarines* andaluces con aquella andante figurilla ancestral conocida desde la India hasta la tierra de los indios como “**indalo**”. Pero lo que no se puede negar es la semejanza del vocablo “**inda**” o azada con la forma del ídolo ibérico que parece una pala o instrumento para cavar...

Y sin embargo...

Con cierto *embarazo* o dificultad nos *embarcamos* en esta travesía temiendo, sospechando o *barruntando* que podemos *embarullar*, *embrollar* o *embarrar* la cuestión envuelta en dudas dando vueltas al torno del alfarero, metiendo la mano en el tarro arcilloso o borrando las huellas dejadas en el vado o la balsa de fango. Probablemente nuestra frágil *barquilla embarranque* en el *barro* del *barranco* y nos *embargue* una cierta tristeza al vernos impedidos de llegar a buen puerto en la orilla... No hay un estorbo o impedimento mayor para caminar que el *barro* pegado a las suelas de las botas o a las ruedas del carro lleno de *toneles* (<túnel) o *barricas* hechas a imagen y semejanza de las grandes tinajas de *barro*. El verbo “*embargar*” (<*imbarricare) significa “*embarazar* o *impedir*”. O sea, “frenar o detener”. La autoridad “*embarga*” o retiene las mercancías de una *barcaza* mercante o requisa los bienes de un comercio depositados en *barriles*, tablas de madera curvas como el casco de las fragatas. Y los ejércitos de tierra caminan llevando en la retaguardia una “*impedimenta*” o carruajes donde cargan todo aquello que les estorba o *embaraza* la marcha forzada.

El verbo “*embarazar*” tiene en su origen la misma significación que “*embargar*” (impedir o estorbar). La voz deriva de “*baraça*” o “lazo, cordel”. ¿Cómo viene a parar en el estado de gravidez? No cabe duda de que el *embarazo* de la mujer es, además de una carga para la economía familiar, un peso o estorbo para caminar que hace dificultoso o “*embarazoso*” los movimientos femeninos. Ahora bien, no solamente las mujeres sacan “*barriga*”. También los toneleros que acaban, como los perros con los dueños, pareciéndose a sus “*barricas*” de vino. Y cuando el cinto aprieta, y el tonel revienta, lo mejor es sin duda *desembarazarse* del “lazo o cordel”, *baraça*...

Evitar a Evita

Aunque el *Señor* don Adán – el primer *Adonis* del Edén – “**conoció**” a su mujer, según el *Génesis*, durante una práctica o clase particular de Anatomía, jamás supo nunca el nombre de pila del *meapilas ginecólogo* de su primera costilla. Y tampoco fue consciente nuestro primer padre de que un día le nacería al tronco una rama peronista con verdadera afición a serruchar las tibias o peronés de la odiada hinchada rival. Las palabras “**misógino**” o “**gineceo**” son *engendradas* (no creadas) de la misma raíz griega de la que brota, como de una concha marina, la mujer helénica (<gyne), la **genética** mendeliana y todas las enfermedades **congénitas**. Las mujeres, sean madres de Mayo o madrinas de Junio, no pueden evitar la vocación *natural* de alumbrar a una hermosa Evita o un apuesto “Adancito”. Y claro está que de ese primer carnal “**conocimiento**” mutuo (<**gnosco**) viene meses después (uno más “una”, hacen – habas contadas - tres o cuatro) un “**nacimiento**”(<**gnascor**). ¿Tienen algún parentesco o un vínculo “**genético**” las raíces verbales de “**gnosco**” (*saber*) y “**gnascor**” (*nacer*)? Que lo diga Sócrates, el “*partero*” de las ideas.

Las *dichas* o *desdichas* (como todo lo que se *dice* y queda *dicho* para siempre) tienen una tendencia expansiva, una virtud o fuerza de propaganda exterior de la mala nueva o de la buena ventura. Desde los primeros meses, sin necesidad de abrir un ápice la boca, el **vientre** – *ventoso* como las flatulencias de la aerofagia - anuncia al vecindario por adelantado la buena nueva del **natalicio**. Y todas las comadres y comadreas que **notan** el hecho del dichoso acontecimiento **anotan** (<*nosco, notus*) la fecha **natal** (<*nasco, natus*) para contar y comprobar por descontado si la cuenta hecha está bien redonda como el *bombo* maternal o los escudos provistos en su centro con el “*umbo*” que nos da el nombre de la “sombra” o *sombrilla* (<*umbra*) y del “*ombliigo*” cuyo cordón umbilical deshilvana la madeja del carnero para llegar a la madre del cordero...

Nuestro Señor don Quijote

El famoso “*Caballero de la Triste figura*” parece un *Ecce homo* colocado junto a los profetas Moisés y Elías. O, al menos, está hecho un Cristo vapuleado y vejado por unos hombres desalmados que, si bien hablan en romance, no son legionarios de Roma. Y la no menos célebre aventura en la que don Quijote confunde un rebaño de ovejas con un ejército en marcha (existen ya antecedentes en la literatura clásica grecolatina) se entiende mejor si sabemos que en latín el cordero se dice “**agnus**” y la columna de un ejército “**agmen**”. Evidentemente el polvo de los siglos transcurridos – “*polvo somos*”- solamente nos ha dejado visible la semejanza entre la polvareda dejada por la grey lanuda y la soldadesca montada a caballo en el camino de cabras. Esfumada en nuestro *roman paladino* la tolvanera del juego de palabras latino (**agnus/agmen**) cabe preguntarnos si ha sido antes el huevo o la gallina que nos da en última instancia la tortilla. ¿El cordero (**agnus**) da nombre al ejército en marcha (**agmen**) o viceversa? Los filólogos clásicos nos enseñan que las dóciles churras y las no menos mansas o pacíficas merinas preceden al pastor, a la infantería ligera, a la veloz caballería y a la marina de guerra. Los pastores solamente amenazan con las piedras en la honda cuando el lobo hambriento muestra muy de tarde en tarde las orejas para asustar a las saciadas ovejas.

En latín “**agnascor**”, cuyo participio es “**agnatus**”, designa al hijo menor tardío que nace “*después del testamento*”. Como hacer testamento se reserva para la edad en que se peinan canas (o acaso no se usan ya peines) se entiende que el “**agnatus**” o hijo tardío sea un “*pelón*”, un *descuido* con bastantes años de diferencia con respecto a sus hermanos. Y la misma significación de “**tardano**” tiene la voz “**cordero**” (de “*cordus*”, aplicado a las plantas y animales – especialmente la cría de la oveja - que nacen tardíamente). El “**cordero**” (siempre menor de un año) es el “*pequeñín*”, el *benjamín* del rebaño de ovejas ya crecidas que carga el buen Pastor “**a corderetas**”. Algunas veces “**cordus**” se escribe también “**chordus**” por enlace con el lazo o *cuerda* que lleva al manso animal al degolladero. Jesucristo – **Agnus Dei** – es el “*tardano*” o *agnato* del Dios desconocido (**Deus agnatos**). O sea: el último de los profetas (o hijo de profetas) venido después del *primer* o primitivo Testamento para ocuparse de las cosas del Padre celestial. Y esto es lo que doña Inés (<**Agnus**) debiera contarle a don Juan Bautista, al bueno de Alonso Quijano y hasta al mismo rucio de Sancho Panza.

Pedro y el lobo

Si el pastor del rebaño anuncia varias veces como un disco rayado que viene “*el fin del mundo*” para comerse a las ovejas negras y el **lobo** feroz no asoma las fauces, el pastor – llámese Juan, Pedro o Pablo – “*se raya*”. O dicho de otro modo: el censor traza un tachón en la lista de invitados al convite. Caperucita deja de tener un miedo ancestral y se marcha de noche al bosque con su primer novio para buscar rebollones y “*arrebullarse*” bajo el manto luminoso de las estrellas. Claro está que el mundo nace y muere con cada generación que viene al mundo para repetirse las mismas preguntas sin respuesta planteadas desde este lado de la tapia que vela el hondo misterio de nuestra existencia. Debemos velar, tener los velones encendidos y preparadas las lámparas de aceite esperando que venga el buen Pastor que busca a las ovejas perdidas y ama al **lobo** malo casi tanto como Félix Rodríguez de la Fuente.

La palabra “**lobo**” (<*lupus*) es una voz “**lóbrega**” que nos deja a oscuras temblando de miedo y a la espera de que venga el “*coco*” que se lleva y zampa a los niños que rezan poco... Y todos estamos incluidos en esa larga lista de espera, vestidos de un **luto** riguroso y deplorando (<*lugeo*) esa noche **lúgubre** (es decir, **elucubrando** o trabajando – **lucubro** - a la luz – **lux**- de una vela llorona. En latín la voz “**lubricus**” significa “*resbaloso*”, “*engañoso*”, “*peligroso*” o “*pecaminoso*”. Todas esas acepciones lábiles o lascivas convienen bien a la “**Loba**” – un sinónimo de prostituta - que amamantó con sus pechos a los fundadores laicos de la sagrada Roma. ¡Excesivo **lujo** o **lujuria** de la raíz de **lux**! ¿No cubre acaso su penumbra o sombra alargada desde la estrella matutina y rebelde – **Lucifer**, el último en irse a casa vencido por el sol – al oscuro **bosquecillo** (<**luculus**) en donde centellea una débil luz en el ventanuco en el que un cenobita contemplando el cielo **lucha** (<**lucta**) para no caer vencido por el sueño tenebroso? ¡Virgen de **Guadalupe**! ¡Santa **Lucía**! Líbranos, Señor, con tu agua bendita de los **lupanares** y de los cristales o **lupas** que nos ciegan el espíritu dejando ver la letra...

Pito, pito, gorgorito...

Aunque las **reclamaciones** se hagan por escrito suelen ir acompañadas de un sordo **clamor** o una ruidosa protesta, una queja verbal (“*¡esto no va a quedar así!*”). También los cazadores de patos, ya sean **cuáqueros** temblorosos o no digan *mú* ni *cuacué*, usan el **reclamo** publicitario para engañar a las celadas aves silvestres que, sin **recelar** de las escopetas, sienten en el periodo de celo... “*la llamada de la naturaleza*”. El silbato del árbitro y el **pito** del sereno son probablemente una herencia de la actividad cinegética del hombre primitivo. Tal vez la figura del “cazador cazado” en una célebre pintura rupestre tenga como trasfondo la caza en las marismas y el ave con un palo no sea sino una calabaza hueca, una escafandra que permite al ingenioso buzo acercarse a la presa desprevenida. ¿No tiene acaso el silbato de agua la forma de un pajarillo y el sombrero del cazador una pluma en todo lo alto?

En cierta canción infantil similar al “*corro de la patata*” un niño apunta con la punta del dedo índice (como una escopeta) al pecho (<**pectus**) de sus compañeros de juego: “*pito, pito, gorgorito (...) pim, pum, fuera*”. El asmático siente **pitos** o **pitidos** en la región **pectoral** y el silbato emite **gorgoritos** de tenor como quien hace **gargarismos** con la **garganta** o escucha el **gorjeo** tan poco armónico de los gorriones. ¿Tiene alguna vinculación la raíz verbal del **pito** que sale del **pecho** y de la garganta con el radical de las voces expresivas “**piar**”, “**pico**” o “**picar**” de la cría de la **picaza** u otrasavecillas hambrientas en el nido? Es fácil **apiadarse** o sentir **piedad** de unos polluelos que **pían** y merece ser llamada **despiadada** la bestia que se come a los pajarillos robados del nido sin decir ni **pío**. Ciertamente la **Pietà** más conocida es la de aquella **piadosa** madre que ve muerto sobre su regazo virginal al hijo cuyo buche ha amamantado con la leche de su propio pecho.

Veo, veo...

¿Qué ves? ¿Qué vemos? *Vemos* únicamente aquello que no está detrás de un velo opaco o de un muro alto, oculto tras una puerta cerrada con siete llaves, escondido en una tapia sellada a “*cal y canto*”. Ahora bien, si tenemos la llave o la *clave*, si sabemos la forma de *encantar* o de romper el encanto con algún *canto* o fórmula mágica, si podemos volar más alto que todas las tapias trascendiendo así toda la ciencia humana, entonces y sólo entonces, podremos *mirar* y “admirar” (<*miraculum*, milagro) el interior de la sala, penetrar en el lugar más santo de las cosas santas, verlas *desde dentro* sin su máscara. ¡Cosa milagrosa es en verdad la **vista**! El verbo “**video**” tiene también en latín otra raíz “**vis**” conservada en ciertos vocablos como “**visual**”, “**vis a vis**” o “**visita**”. Al *visitar* a una persona en su celda la vemos “*cara a cara*”. La raíz “**vis**” significa “*fuerza*” y de ese empuje de la idea *radical* brotan voces como “**viril**”, “**virus**” “**virulento**”, “**violento**” “**violar**”, “**violeta**”, “**violáceo**”, “**violencia**” y – esto es lo que aquí y ahora nos interesa- palabras como “**visillo**”, “**visera**” o “**visual**”. ¿No vemos pronto los *moratones* en el ojo o bien las manchas moradas de la mora en la camisa?

La **vista** del hombre “*inteligente*” (<*intus, legere*) ve o “*lee dentro*” de la letra su espíritu según la *verdad* (<*veritas*). Toda **visión** o mirada es siempre perspicaz. Es decir: tiene una fuerza (**vis** o **vires**) de penetración profunda como si fuese un *tornillo* o la barrena de un taladro (fr. *vis, tournevis*). Solamente el hecho de **ver** o mirar el *verdor* de la *verdura* de las eras es ya por sí mismo una cosa *admirable*, un portento *milagroso*. La fuerza de la naturaleza hace brotar los hijos, los vástagos, las ramas verdes y las verdes hojas ligadas con un hilo – afiladas o afiliadas – al tronco genealógico. La **vid** es un símbolo de la **vida** porque toda *sangre* o *sangría* – el vino sagrado o consagrado del sacrificio incruento – da un verdadero testimonio, es un signo o sacramento de la **vitalidad** (“*en el vino, la verdad*”, que dice el sobrio a un ebrio). En los microscopios o telescopios las *lentes* de las *lentejas* o *lentillas* de “**vidrio**” (<*videre, ver*) son ... “*para verte mejooooor*”, como le dijo el Lobo feroz a la Caperucita tan roja como la sangre vertida por el primer mártir de la cruz, la hoz o el martillo. Sin embargo, por mucho que miren los “*Caballeros de la Lenteja*” en su laboratorio, jamás podrán ver con admiración un milagro. La vista es el Gran Milagro que oculta todos los milagros menores como una cruz concreta sobre un pecho escondida en un cementerio lleno de otras cruces similares del mismo mérito...

El vino que tiene Asunción...

Los españoles – decía un escritor catalán – siempre marchan en la procesión con una vela o velón delante del cura del pueblo o bien con una estaca detrás del *mosen* para atizarle en el *cogote* o la “cogota” rasurada. Desde que Noé plantase la primera vid de la *viña* del Señor, el mundo se divide inevitablemente entre los partidarios del *borrachín* Dionisio (*profanos* o anticlericales) y todos los seguidores del Cristo (*fanáticos*, *fans* del Templo – gr. fanos - o clericales). El vino *morapio* o “peleón” nos da primero una débil “chispa” o alegría sincera y, luego, una *clarividencia* casi soñadora... El *borracho* nos dice la verdad oculta, y una vez libre de la mentira piadosa – el “porro social” - se duerme como un bendito entre los brazos - o la *morfina*- de *Morfeo* esperando que el ángel o mensajero del cielo le traiga en su pico la carta del despido. Y entonces el *borracho* se arrepiente, sufre la resaca y comprende la locura de haber dicho en vida, y en la plaza pública, toda la verdad, la verdad, y nada más que la verdad, la palabra que los hombres *sobrios* no quieren saber por la boca de un *ebrio*. ¡Hace falta *bríos* o fuerzas para estar *sobrio* cuando todos los demás soldados son *ebrios* o *bergantes* de una *brigada* que nos invitan a participar en el juego de una mentira colectiva! La bebida suelta la lengua, relaja el pudor, afloja la hipocresía social. El borracho se pone a tono y entona con Gozo y Esperanza la canción del universitario goliardo: “*Gaudeamus igitur...*”. ¡Cuántas disputas de *borrachos* se ahorran los hombres sensatos callando, en nochebuena o en nochevieja, la verdad última y profunda guardada detrás de la etiqueta de cualquier botella de vino espumoso, cava o champán!

La palabra “*borracho*” deriva de “*burrus*”, cuyo sentido principal es ser de color “*rojizo*” (ese color de la punta de la nariz tan habitual al *borrachín* amigo del tinto). Del mismo modo, el vocablo “*beodo*” es solamente una forma caritativa para señalar sin faltar al que ha “*bebido*” (<*bibitum*) una cosa que no es precisamente agua, la que cría la vista clara. El *beodo* es, dicho sin reverencia ni eufemismos, un “*beato tra le donne*” (o sea, feliz, “*dichoso*” o locuaz *dicharachero* entre las mujeres tan celebradas o *concelebradas* cuando cierran la boca y abren las puertas del amor).

¡Esto está que arde!

Aunque el pasado es una guía anticuada para viajar al futuro nos permite hacer pie en nuestro salto acrobático hacia lo desconocido. La historia de las palabras es el campamento base en donde se “*basa*” (>*bajo*) el fundamento de la mayor parte (de la nada, nada) de los neologismos. Los “troyanos” son “virus” - una voz latina - que se introducen camuflados como el famoso caballo de madera en la *Iliada* de Homero. Y el chiflado de Nerón – el pirómano oficial del Imperio – presta su nombre a una aplicación o programa informático que copia o “quema” (*burn*) los discos compactos. El verbo “*buro*” tiene en la lengua de Horacio el sentido de “*quemar, arder*”. Se comprende así que el color rojizo de las llamas se designe como “*burrus*”, antecedente de “*borracho*” dada la coloración roja de la nariz en los amigotes del dios Baco. La palabra “*bustum*” (una de las formas verbales de “*buro*”) significa “*el sepulcro o lugar donde se queman los cadáveres*” o incluso “*el mismo cadáver incinerado*”. Viene a la memoria la expresión “*sepulcros blanqueados*” - la cal viva quema el cadáver – con la que Jesús llama a los “fariseos” – o sea, apartados - con sus túnicas blancas, puras, sin contaminar... Quemar los cadáveres en una pira es una medida funeraria a medio camino entre el ritual purificador de la religión y las medidas preventivas de la higiene sanitaria. La *salud* o *salvación* es un nombre que recubre tanto el cuerpo como el alma. ¿No son los milagros de Cristo verdaderas “*sanaciones*” de enfermos, locos o “*insanos*”?

El vocablo italiano “*busta*” significa “*sobre*” o “*buzón*” y, más concretamente, una “*caja cerrada*”. Y la “*caja*” de madera - ataúd- se quema juntamente con el muerto incinerado en la pira. La raíz de “*bustum*” renace como el ave Fenix de sus propias cenizas en vocablos como “*combustión*” (o sea, arder junto con alguna cosa que sirve de alimento – “*fomento*” - a la llama). Como “*bustum*” es el sepulcro donde se incinera (o el mismo cadáver quemado) se denomina también “*busto*” al “*busto*” o estatua de la cabeza que conmemora al muerto en un monumento fúnebre. Ahora bien, los “*bustos*” (cabeza y cuello) nunca exceden el pecho, siendo el *busto* por excelencia el busto femenino.

Y ahora vamos a volver sobre nuestros pasos, montados en un asno o burro, hacia la palabra “*burrus*” (*rojizo*) salida de “*buro*” (*cremación*). En la lengua griega nos encontramos con la pareja “*hemo*” (*rojo*) y

“humus” (*tierra ¿ocre?*). El barro, arcilla o la “tierra rojiza” (**humus**) se mezcla con el agua (**humor, humedad**) para modelar diversos objetos de cerámica, muchas veces con formas animales (zoomorfos). ¿No se adivina aquí al Alfarero divino que modela la figura de Adán y, al partirse en dos mitades la jarra estrellada (*hemi-cráneo, hemi* o mitad de la cabeza) surge doña Eva, salida de la costilla, rascador o paleta del alfarero? Y bien: ¿podemos afirmar la vinculación léxica entre **“burrus”** (rojizo) y **“barro”** (tierra húmeda)?

De rodillas ante Dios

La palabra “**rodilla**” viene de “**rotula**”, de la **rotación** del hueso o la tibia que hace posible el giro o la flexión de la pierna. Y la “**rueda**”, tan **redonda** como **rotunda**, nos recuerda de golpe el carro del Sol **rutilante** y **radiante** con la melena de sus **radios** o **rayos** (<*radius*) irradiando la luz tal como nos lo pintan algunas mitologías antiguas. El sol sale y en su diaria carrera su *carreta corretea* en el aire, abrasador como un horno, iluminando las espigas de trigo doradas. Las mujeres como Ruth, tras la siega, el biello y el trillar del rastrillo, hacen el pan con sus manos amasando la masa de la harina con el **rodillo**. Pasa el tiempo lentamente sus horas largas, o con más *prisa* o presión los *segundos*, mientras *siguen* corriendo la **ruedas** de la carreta con su **rodar**, **rodar** y su volver a **rodar** (aquí sería una cacofonía *repetir*, o volver a *pedir* otra vez, el prefijo “**re**”, tan **redundante** ante las revoluciones). La **ruedas** del *carruaje* pasan y repasan, **roturan** con su **rozar** el campo inculto abriendo paso, camino, senda o “**ruta**”: O sea: rompiendo – **ruptus** – la maleza crecida, abatida o **derrotada** en la tierra sin cultivo. Debemos mirar la **ruta** del sol para *seguir* con la **rutina** de la siega o bien trazar nuevos **derroteros**. Pero una duda nos asalta en el ocaso rojizo del crepúsculo como si fuese una una herida de sangre provocada por esas cuchillas que antaño ciertos carros de guerra llevaban en las ruedas: ¿Toda esa familia tan numerosa como las estrellas del cielo o las arenas del desierto sale acaso de la raíz /**rot-**/ (con variantes **rub**, **ruf**) del *rojizo* o **rubicundo** Sol, un “muchachote” tan apolíneo como Apolo o como un rubio guerrero del Norte? De **rodillas** ante Zeus (o Theos) afirmamos humildemente nuestra indocta ignorancia.

La arruga es bella

La palabra “**ruido**” deriva de la voz “**rugido**”. Ahora bien, al **rugir** con furia los músculos faciales no solamente *arrugan* (<**rug**a) la cara de la bestia con determinados pliegues de la piel sino que también, además, la ira o cólera **enrojece** el rostro al hacer afluir la sangre bermeja como sucede también con el **rubor** en el sentimiento de vergüenza aunque no seamos ni *rubios*, ni *royos* ni *rubicundos*. ¿Tienen acaso relación verbal alguno de esos fenómenos fisiológicos – **enrojecer** y **arrugarse** – con la raíz léxica del nombre “**ruido**”? Como tantas veces, debemos guardar un **silencio** digno de un tanatorio atendiendo al gesto de sellar los labios con el dedo índice (“ssss...”)o callar como hacen los muertos olvidados tras una lápida de piedra o mármol, o tal vez, tal vez, “**sílice**”. Las piedras hablan, pero solamente a quien conoce la canción y al barquero. ¿Se traslada el nombre del **silex** o piedra al muerto “**silente**” y “empedrado” en la tumba? ¿No sería ésta una trasposición similar a la que sucede con la voz “busto”? Pero “el Ebro guarda silencio al pasar por el pilar.”.. No despertemos a la Virgen, que no es de Piedra, sino de carne mortal y aparecida, según refiere el altavoz o almuecín católico, “*ennn Zaragooooza...*”.

Doña Remedios y doña Olvido

Al tábano de Sócrates no le hacía demasiada gracia la escritura. Ya se sabe: remedio de vagos, agenda de los desmemoriados, etc. Si en el libro cabe todo lo que se puede pensar ¿a qué pensar? ¿Acaso para seguir pensando como se vacía el vientre para volver luego a comer? Sócrates quería que cada cual llegase a la verdad por sí mismo, “*desde dentro*”. Su misión era tan sólo alumbrar las ideas “*como un partero*”, una metáfora fundada en un juego de palabras que resulta mucho más clara o inteligible para quienes saben y conocen, aunque sean ciegos y legos de nacimiento, la lengua griega o, en su defecto, el latín escolar de nuestros tatarabuelos (*gnosco/nascor*). Pero, afortunadamente, aquel Sileno ateniense, como el judío Jesús, contó con fieles secretarios para no guardar silencio tras su muerte (o ejecución) y divulgar por nota entre el vulgo una palabra que sin la denostada escritura nos sería hoy aún más secreta que después de pasar por las sucias manos profanadoras de los filólogos, los exegetas o hermeneutas.

La escritura salva con la sangre de su tinta roja del cruel “*olvido*” a todos aquellos maestros o intelectuales que no han cogido nunca la pluma para dejar póstuma una sola línea ni han firmado jamás un autógrafo para satisfacer a todos sus correligionarios. El mediador entre Dios y los hombres tiene un remedio y muchos copistas que lo remedan o incluso lo remiendan. La voz “*olvido*” viene del verbo “*oblivisco*”, en donde aparece la raíz de “*lívido*”. O sea, el color rojo o morado, la censura del texto que debe “borrarse”, limpiarse, hacer desaparecer del recuerdo para que quede así como un libro en blanco. En una palabra, “*olvidar*”. Y para que no se olvide este origen “literario” de la voz podemos hacer la prueba del nueve: ¿No tiene alguna relación el verbo “*taceo*” (o callar) con la “*tachadura*”. Del orador *taciturno* –un hombre *intachable* – no se puede decir nada, absolutamente nada.